LEONARDO REYES SILVA

VISIÓN de SUDCALIFORNIA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

50 ANIVERSARIO AHPLM

978-607-8609-11-6

LEONARDO REYES SILVA

Es originario de Santa Rosalía, Baja California Sur. Terminó su carrera de profesor de enseñanza primaria en la Escuela Normal Urbana de la ciudad de La Paz y la licenciatura en Lengua y Literatura Españolas en la Escuela Normal Superior de Tepic, Nayarit.

Ha ocupado diferentes cargos en la administración pública, entre ellos director del Archivo Histórico Pablo L. Martínez, subdirector de cultura y cronista del municipio de La Paz durante diez años. Es autor de una docena de libros entre ellos la *Historia del estado de Baja California Sur, El molino de viento, Mitos y leyendas, Relatos de la California mexicana y Haikús sudcalifornianos.*

En el año de 1999 fue fundador y primer presidente de la Asociación de Escritores Sudcalifornianos.

Visión de Sudcalifornia

GOBIERNO DE
BAJA CALIFORNIA SUR
MEJOR FUTURO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO
SUDCALIFORNIANO
DE
CULTURA

Archivo
Histórico
Pablo L.
Martínez
Baja California Sur

Leonardo Reyes Silva

Visión de Sudcalifornia

2018
Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Cultura
Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Gobierno del Estado de Baja California Sur

Lic. Carlos Mendoza Davis
Gobernador del Estado de Baja California Sur

María Cristina García Cepeda
Secretaría de Cultura

Profr. Héctor Jiménez Márquez
Secretario de Educación de Baja California Sur

Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Lic. Christopher Alexter Amador Cervantes
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

José Guadalupe Ojeda Aguilar
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

M.C. Elizabeth Acosta Mendía
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Lic. Luis Alberto Rochín Búrquez
Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Primera edición, 2018
D.R. © 2018 Leonardo Reyes Silva
D.R. © 2018 Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN 978-607-8609-11-6

Prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido por cualquier medio sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales, en terminos de lo así prescrito por la Ley Federal del Derecho de Autor

Impreso y hecho en México

Contenido

Prólogo	7
Pinturas rupestres en Baja California	9
Un viejo matrimonio	12
El catrín de la fachenda	15
La isla de Tenerife	18
La triste historia del agm	21
Un policía mordelón	24
Los cambios en la Dirección de Tránsito	27
Los árboles de la India	30
La perrita Tula y la peste amarilla	33
Mi calle, la impasible	36
Una aventura intelectual	39
Una promesa de año nuevo	42
La Paz, ciudad limpia	45
Los ladrones de Pichilingue	51

No estamos solos 54
Una bandera bajacaliforniana 57
Amor a la tierra 60
Chary y sus maestros 63
Llanto por el que se fue 66
Otra decepción más 72
Presentar libros, un dilema 78
Luz Davis y el ciclón Liza 81
Rafael López Green, el cronista 84
El malecón de La Paz 87
El mundo de los gigantes 96
Los personajes de la historia 99
Los apellidos como identidad 106
Los pinitos de un escritor 109
Coincidencias de la historia 115
Un personaje con historia 118
Una invitación de Semana Santa 121
Una buena noticia 125
Un paletero *SUI GENERIS* 128
La Casa de Día de Santa Fe 131

Prólogo

A través de los años he escrito varios libros sobre diversos temas, todos relacionados con la historia, las costumbres, las tradiciones y los hechos pasados y presentes que han permeado el diario vivir del pueblo de Baja California Sur. Éste es uno de ellos. Contiene 32 artículos que, justo es decirlo, muchos aparecieron en el periódico *El Sudcaliforniano* y otros son inéditos.

La razón básica que me ha llevado a publicar estas crónicas es elemental. Unir lo que está disperso, facilitando así la lectura de los textos que aparecen en el libro al que he titulado Crónica, *Visión de Sudcalifornia*, dado que todos los artículos han llevado ese nombre como distintivo.

Nunca ha sido fácil la tarea de un escritor. Aparte de robarle tiempo al tiempo, está el de lograr que sus escritos puedan ser divulgados por los medios de comunicación más expeditos. Por eso, el medio natural por excelencia son los libros aunque, por los adelantos tecnológicos, ahora se echa mano también de la electrónica que reproduce libros digitales.

Además, los escritores tenemos otro problema, encontrar quien pueda, o quiera, imprimir nuestros textos. A nivel oficial son dos instituciones que tienen a su cargo la edición de libros: la Coordinación de Fomento Editorial y el Archivo Histórico "Pablo L. Martínez", los dos dependientes del Instituto Sudcaliforniano de Cultura. A través de ellos es posible que los autores puedan ver en letras de molde sus escritos, bien sean cuentos, poemarios, novelas, ensayos, textos históricos y crónicas.

En el presente volumen he incluido temas diversos como: Don Catrín de la Fachenda, El mundo de los gigantes, Un policía mordelón, El malecón y los árboles de la India, Los ladrones de Pichilingue, La Paz, ciudad limpia, El amor a la tierra y Llanto por el que se fue. Este último como recuerdo del gran periodista desaparecido, Mario Santiago.

Debo agregar, como un justo reconocimiento, al estimado amigo Gerardo Ceja García, por el apoyo que me ha brindado para que todas las crónicas de este libro se subieran al blog que puso a mi nombre y también que por su conducto se entregaran a *El Sudcaliforniano* para su publicación. De igual forma mi agradecimiento a Luis Rosas Meza, responsable de los Talleres Gráficos del Municipio de La Paz, quien ha hecho el formato y el diseño de este libro.

Por los demás, esta obra es otro intento, modesto como los anteriores, de divulgar hechos cotidianos de los habitantes de esta entidad y de las acciones del pasado lejano y reciente que han matizado su historia. Como lo he dicho en ocasiones anteriores, espero que los niños, los jóvenes y los adultos, encuentren en su contenido algo más para afirmar el conocimiento de lo que hemos sido a través del tiempo.

Leonardo Reyes Silva

Pinturas rupestres en Baja California

El historiador y explorador Carlos Lazcano descubrió hace poco unas pinturas rupestres localizadas en la sierra de San Juan, en el estado de Baja California. Aunque en sus recorridos ha encontrado y registrado más de un centenar de ellas en diversos sitios, éstas que encontró en una cueva presentan una serie de pinturas de color rojo, ocre, negro y blanco, estilo Gran Mural.

El mural mide aproximadamente ocho por tres metros y en él se encuentran venados, borregos cimarrones y numerosas figuras humanas. Las pinturas están a cinco metros de altura sobre el techo de la cavidad. A pesar de su antigüedad aún se conservan en buen estado. "Son hermosas" –dice su descubridor.

El descubrimiento de estas pinturas da pie para recordar un poco las investigaciones que se han realizado en torno al arte rupestre en la península de la Baja California. Y, desde luego decir que los primeros en escribir sobre ellas fueron los misioneros jesuitas del siglo xviii, en especial el padre José Mariano Rothea quien atendió la misión de San Ignacio en los años de 1759 a 1768.

El padre Rothea recorrió parte de la sierra de San Francisco y desenterró restos humanos de gran estatura. El mismo jesuita escuchó de sus feligreses varias narraciones acerca de una leyenda sobre la procedencia de los antiguos californios autores de esas pinturas. Según la leyenda, en tiempos remotos llegaron del norte grupos de extraordinaria estatura que venían huyendo y se refugiaron en la región montañosa de la península, principalmente en las sierras de San Borja y San Francisco.

Afirma la leyenda que los cochimíes que ocupaban la región no eran descendientes de los pintores y que éstos desaparecieron dejando tan sólo su recuerdo en las pinturas y petroglifos existentes en diversos lugares de la península.

En 1895, León Diguet conoció algunas de esas pinturas y publicó un informe acompañado de dibujos y fotografías. Cinco décadas después, en 1951, personal del Instituto de Antropología e Historia reconoció las pinturas rupestres de la cueva de San Borjitas, cercana al pueblo de Mulegé. En esa expedición figuraba el escritor Fernando Jordán quien en sus reportajes en la *Revista Impacto* había dado a conocer la importancia de ese descubrimiento.

Pero fueron el escritor Harry Crosby y el fotógrafo Enrique Hambleton quienes en el año de 1972 recorrieron la sierra de San Francisco, con el fin de localizar y catalogar los lugares donde se encontraban las pinturas. Por cierto, es de gran interés leer los comentarios que Enrique hace de sus recorridos. Dice en su libro *La pintura rupestre de Baja California*:

> A menudo no me era posible contener mis ansias y, pese a la fatiga debida al constante esfuerzo por avanzar entre matorrales y rocas sueltas, apresuraba mis pasos… El hecho de ser uno de los pocos afortunados que han contemplado de cerca estas obras

> trascendentales, anula todo recuerdo de inevitables contratiempos, y surge en mí un sentimiento de gratitud por el privilegio de esa contemplación.

En las fotografías de las pinturas en las cuevas de la sierra de San Francisco, aparecen figuras semejantes a las que Carlos Lazcano descubrió en la sierra de San Juan. Por eso es casi seguro que los dos sitios fueron ocupados por el mismo grupo primitivo, aunque por la situación geográfica primero habitaron la sierra de San Juan y posteriormente la de San Francisco.

En su viaje de exploración, después de caminar seis horas sobre un terreno con muchos pedregales y despeñaderos, además de todo tipo de arbustos espinosos, llegó al lugar que buscaban. Trazó en un mapa el sitio y tomó muchas fotografías tanto de día como de noche. "Por mera protección, –dice Carlos– no divulgaré su ubicación ni cómo llegar a la cueva. Así evitaré que vándalos lleguen a ella"

El descubrimiento de las pinturas rupestres de la sierra de San Juan es uno más de los que ha logrado Carlos. Y que le han dado grandes satisfacciones. Él mismo lo dice: "Explorar geografías es parte de mi amor por la vida. Por eso amo profundamente a la naturaleza, porque convivo mucho con ella a través de las exploraciones, de los campamentos, del encuentro con la flora y la fauna, de beber el agua en los mismos manantiales, de caminar entre las veredas y los cerros, de bañarme en los arroyos".

"Estoy convencido –afirma– de que en las escuelas primarias y secundarias debería incluirse un curso de campismo, donde el alumno aprenda a tener un verdadero contacto con la naturaleza, y esto le pueda servir para apreciar más a nuestra Madre Tierra, y sobre todo a defenderla como parte de sí mismo".

Un viejo matrimonio

Ayer ella cumplió 78 años y 60 al lado de su esposo. Con seis hijos vivos, muchos nietos y bisnietos, ha buscado en la vida los mejores momentos para ser feliz, aunque estos no han estado exentos de apremios y desalientos, de angustias y sufrimientos, de desazones y dudas.

Descendiente de una familia de rancheros, su infancia estuvo rodeada de años felices, tanto como puede serlo la vida en el campo, compartiendo su tiempo con las aves y los paseos a caballo con su padre. Con edad suficiente se dio cuenta de las faenas propias del rancho, las usuales como alimentar a las gallinas, cabras y, sobre todo, al ganado vacuno que en grandes cantidades existía en ese lugar.

Y hubiera continuado ahí, si no es que su padre aquejado de una enfermedad no pudo recuperarse y falleció. Su madre, incapaz de atender las labores propias del rancho, optó por venderlo y trasladarse a un pueblo donde uno de sus hijos se

convirtió en ejidatario. Sus hijos mayores se casaron; sólo quedaba la última, la que ayer festejó su cumpleaños.

Cuando cumplía los catorce años se convirtió en madre adoptiva. Una señora del lugar impedida de mantener a su hija de tres meses de nacida la abandonó a la orilla de un arroyo cercano, eso sí bajo la sombra de un mezquite, y la joven que oyó su llanto la recogió y con ella llegó a su casa. Investigando supieron el nombre de la madre quien les dijo que si la querían se las regalaba.–¿Mamá me puedo quedar con ella?

Al cumplir dieciséis años se casó con un profesor que trabajaba en la escuela primaria del poblado. Él tenía veinticuatro. De tez blanca, menudita y de bellos ojos verdes, la joven señora inició su vida de casada y con el paso de los años madre de tres hijos. No fue fácil su estancia en el poblado, aunque las carencias las superó con el amor de su esposo y la dedicación a sus retoños. Y claro, con el apoyo de la madre y sus hermanos.

Así las cosas, un día al profesor lo cambiaron a la capital de la entidad y allá se fue junto con su esposa y los hijos. Lejos de su familia, supo adaptarse a las nuevas condiciones y más cuando encontró protección en los padres de su marido. Era un matrimonio hasta cierto modo feliz hasta que un malhadado día recibió una infausta noticia: su madre, junto con un hermano y uno de sus cuñados habían muerto en un accidente de carretera.

Nunca pude comprender como pudo superar esa terrible tragedia. Quizá fue refugio de su dolor el amor de su esposo quien compartió día con día su sufrimiento. Y así pasaron los años. Los hijos crecieron y el primero de ellos, luego de terminar la preparatoria, decidió matricularse en el Heroico Colegio Militar de la Ciudad de México. Cuando terminó sus estudios

obtuvo el grado de subteniente y pocos años después ascendió a teniente.

En esa época se casó con una joven oriunda de la ciudad de Toluca y procrearon dos niñas. Y otra vez, la tragedia ensombreció el hogar de los padres del militar. En la búsqueda de un narcotraficante en un pueblo del estado de Nayarit, frente a su casa, fueron recibidos a tiros a resultas de lo cual el teniente fue herido de muerte. Un escueto telegrama de la zona militar se recibió una mañana dando cuenta de lo sucedido.

Otra vez el sufrimiento y el ahogo por el hijo querido. Pero con valor todo se supera en esta vida. Y con resignación. Hoy sus restos descansan por siempre en el panteón de los San Juanes de la ciudad. Y cada vez que visitamos la sepultura las lágrimas de la madre fecundan el recuerdo del hijo que se fue.

Han pasado ya muchos años. Presenció con estoicismo la muerte de dos de sus hermanos, los mayores, y compartió la pena de su esposo por el fallecimiento de sus padres, sobre todo de ella que tanto la quiso. Pero la vida sigue. Hoy, a sus 78 años, agobiada por malestares propios de la edad que la obligan a ser muy cuidadosa en su alimentación, todavía tiene arrestos para atender su hogar y, a pesar de los años transcurridos, el amor del esposo y de sus hijos le da el abrigo necesario para ser feliz.

El catrín de la fachenda

Acompañado de mi nieta Marta, su esposo Carlos y de su hija Romina, el día primero de este mes visité por la tarde noche los altares de muerto que se exhibían en la explanada del Teatro de la Ciudad y presencié una parte de las actuaciones artísticas que el Instituto Sudcaliforniano de Cultura había preparado esa víspera del Día de Muertos.

Ante un numeroso público sentado y de pie, los grupos de danza folclórica interpretaron los bailables tradicionales de nuestra tierra y de otras regiones del país. Y ya más tarde se presentaron las catrinas luciendo sus hermosas vestimentas, maquilladas tal como las imaginó José Guadalupe Posada, el artista grabador de principios del siglo pasado.

¿Por qué les llaman catrinas? me preguntó Romina. ¿Y por qué su cara parece una calavera? En esos momentos no le pude contestar dado el ambiente que reinaba en el lugar debido a la música que se escuchaba y la voz de los conductores del festival.

Y como después ya no tuve oportunidad de hacerlo, aproveché este medio escrito para hacerle llegar mi respuesta.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX (1776-1827) vivió en la Ciudad de México un periodista y escritor llamado José Joaquín Fernández de Lizardi. Escribió dos libros sobre las costumbres pintorescas de esa época a los que llamó *El periquillo sarniento* y *El catrín de la fachenda*. De este último se ha dicho que tiene mucho de su vida.

Le dio el nombre de catrín a un personaje que siempre estaba muy bien vestido, elegante de pies a cabeza que surgió en la época del porfiriato. El mismo presidente Porfirio Díaz daba una imagen de lo que era el catrín. Usaba un traje a rayas, su imprescindible bastón y en su cabeza el bombín. Y le llamó de la fachenda por vanidoso y orgulloso.

Por cierto, uno de los juegos más populares, la lotería, incluye en sus cartas una imagen del catrín el que, cuando aparece, lo identifican gritando: "aquí viene con garbo y galanura... el Catrín." Es más, el conjunto musical Café Tacuba tiene una canción dedicada a este personaje que empieza así: "Caminando por la calle va el Catrín/ estampa de lotería gritada en juego..."

¿Cómo nació La Catrina? En la segunda mitad del siglo XIX vivió un artista que se especializó en los grabados y en las caricaturas, llamado José Guadalupe Posada. Por medio de calaveras y esqueletos impresos en papel o cartulina y con mensajes, criticó la vida social de esa época, sus lacras y miserias. Nada se le escapó. Y para burlarse de la clase acomodada de los tiempos del porfiriato, no halló otra manera que inventar a la catrina la que, por cierto, le llamó inicialmente "la calavera garbancera".

Muchos años después, el gran pintor mexicano Diego Rivera incluyó a la catrina vestida con elegancia en un gran mural, misma que es representada el día de muertos. Esa es la catrina

que todos conocemos, la que personificaron más de una treintena de mujeres paceñas, entre ellas varias niñas, en la pasada conmemoración del Día de Muertos.

Pasan los años pero el interés por la tradición mexicana no decae, antes al contrario creo que se ha incrementado. Al menos así lo demostró Romina –iba maquillada con rasgos de calavera– cuando le pidió a su papá la fotografiara a un lado de las catrinas que iban llegando al evento cultural. Con ese interés no dudamos que dentro de algunos años ella sea una de las catrinas más atrayentes que se presenten en esa ocasión. Y claro para recordar a los que hicieron posible esa tradición: José Joaquín Fernández de Lizardi, José Guadalupe Posada y Diego Rivera.

La isla de Tenerife

Le debo las gracias al estimado amigo Luis Rosas Meza por sus atenciones al enviarme por internet la novela *El rey del Taoro*, escrita en 1941 por el novelista alemán Horst Uden. Es una novela histórica que recrea la conquista de la isla de Tenerife por el ejército español en el año de 1496.

Poblada por el grupo aborigen de los "guanches" desde tiempos remotos, siempre se habían opuesto a todo tipo de dominación hasta que, en 1494, el capitán general Alonso Fernández de Lugo, al mando de tres bergantines y un contingente de 2 660 castellanos trató de someterlos. Pero no contaban con la fuerza guerrera de los guanches los que, en una emboscada mataron 2 300 de ellos. Esa derrota a manos de los indígenas la historia le ha llamado "La batalla de Acentejo".

Resalta en la novela el personaje llamado Bencomo, el rey de los Guanches, quien siempre opuso una férrea resistencia a los invasores invocando a su dios Acorán. Pero, a pesar de sus esfuerzos, las tropas castellanas lograron someterlos y poner la isla a disposición de los reyes católicos Fernando e Isabel. Por

supuesto, con la implantación de la religión católica y el olvido de sus dioses.

Tenerife forma parte del archipiélago de Las Canarias y desde mucho tiempo atrás fueron conocidas por los navegantes portugueses y españoles. Cristóbal Colón, en su primer viaje en busca de las indias –1492– recaló en esas islas antes de navegar rumbo a lo desconocido.

En uno de los capítulos de la novela se narra que el 3 de mayo de 1493, el capitán Fernández de Lugo clavó una cruz de madera en la playa al lado de un altar erigido adornado con flores y hierbas olorosas. Ese día se celebraba por primera vez en esa isla la fiesta de la Santa Cruz, después de mil cien años desde que Santa Elena, la madre de Constantino el Grande, encontró la cruz de Cristo en Jerusalén. Y fue así como, desde esos tiempos, el mundo se vio protegido con la más preciada de todas las reliquias.

En otro 3 de mayo, pero de 1535, otro navegante español, Hernán Cortés, llegó a la península de California y el lugar donde hoy se encuentra la ciudad de La Paz lo bautizó con el nombre de Puerto y Bahía de Santa Cruz. No se sabe, porque las crónicas no lo dicen, si los sacerdotes que lo acompañaban hayan colocado una cruz en el lugar del desembarco e incluso oficiando una misa en señal de gracias.

Lo que si aseguran las crónicas es que el almirante don Isidro de Atondo y Antillón cuando arribó a la península en 1683, mandó levantar una cruz, la que se colocó en lo alto de un pequeño cerro cercano a un lugar conocido como Santa Cruz. Ese sitio se encuentra frente a la isla de Cerralvo y todavía muchos años después la cruz permanecía en ese lugar.

Y existe otra coincidencia entre la novela que estamos comentando y la historia de nuestra entidad. El capitán general

don Alonso Fernández de Lugo nació en la ciudad de Carmona de la provincia de Sevilla, España. El escudo de armas de la ciudad está conformado por "diez castillos en campo de gules y diez leones en campo de plata encierran el fondo azur de las armas, en cuyo centro luce una estrella de oro con la leyenda *Sicut lucifer lucet,* como el lucero de la mañana.

El escudo de armas de nuestro estado tiene rasgos españoles pues contiene gules, plata, oro, azur y campos. Se ha dicho que nuestro escudo data de la época de la Colonia, pero no existen referencias verídicas al respecto. Más bien creemos que ante la necesidad de una representación simbólica de la entidad, el artista plástico Diego Rivera, al estar adornando una de las paredes de la Secretaría de Educación Pública con los escudos de los Estados, al no contar con el nuestro lo inventó dándole las características de la heráldica española, allá por el año de 1923.

En la actualidad el escudo mencionado no tiene nada que ver con el significado de nuestra entidad. Vale la pena pensar en sustituirlo.

La triste historia del AGM

Fue en el mes de marzo del año de 2007 cuando se creó oficialmente el Archivo General del Municipio de La Paz, mediante un acuerdo del cabildo del XII Ayuntamiento, dirigido en ese entonces por el profesor Víctor Manuel Castro Cosío.

Sustentado en un reglamento aprobado de antemano, el AGM inició sus funciones en un local proporcionado por el Ayuntamiento localizado en la calle Virginia Peralta Albáñez, en la colonia Adolfo Ruiz Cortines. Como encargado del mismo quedó un servidor auxiliado por un eficiente elemento, Héctor Aarón Salgado Molina.

En la administración municipal siguiente bajo la presidencia de Rosa Delia Cota Montaño, el AGM continuó con la recepción, clasificación e inventario de los documentos generados por los ayuntamientos anteriores, para lo que contó con mayor personal, equipo de oficina y remodelación del edificio.

En esos años, ya se tenía información de que el local que ocupaba el AGN era propiedad del gobierno del estado,

y que deberían hacerse gestiones para que por medio de una donación o intercambio pudiera el Ayuntamiento registrar la propiedad a su nombre. Pero lamentablemente nada se hizo al respecto.

Cuando entró en funciones el XIV Ayuntamiento dirigido por la licenciada Esthela Ponce Beltrán, a mitad de su período, el gobierno estatal exigió la devolución del inmueble y no teniendo justificaciones legales por parte de las autoridades municipales, se desocupó el local.

Pero por la premura de la orden de desalojo, todos los documentos amontonados en un vehículo fueron trasladados a un edificio que ocupaba la Dirección de Cultura Municipal donde en dos pequeños cuartos de la planta baja, los trabajadores los depositaron sin ningún orden. Y así permanecen hasta la fecha.

La historia del AGM es triste pero aleccionadora. En el gobierno municipal del licenciado Alfredo Porras, en mi carácter de cronista, hicimos el rescate de unos documentos apilados en la torre del antiguo Palacio Municipal. Fueron 639 expedientes de administraciones anteriores que se guardaron en 26 cajas archivadoras.

Esos 639 expedientes como se dice, anduvieron de la ceca a la meca, pues por falta de local adecuado primero se guardaron en la Dirección de Comunicación Social, después en una oficina de gestoría localizada sobre la calle Márquez de León; cuando ésta desapareció no se encontró otro lugar más que en mi casa en un lapso de tres meses; cuando se hizo cargo del Ayuntamiento el profesor Castro Cosío le destinaron un espacio en el edificio que ocupaba la Dirección de Asuntos Jurídicos del municipio, sobre las calles Josefa Ortiz de Domínguez, entre Pino y Caoba; después, en el 2007 se le destinó un pequeño

local en el edificio de la Unidad Municipal de Atención a la Mujer, que resultó insuficiente e inadecuado: No se ocupó.

Por fin, después de esas peripecias, las 26 cajas archivadoras quedaron depositadas en un lugar seguro, en el recién creado Archivo General Municipal en el año de 2007. Pero, de nueva cuenta, esos documentos continúan su peregrinar hasta que una autoridad, consciente de la importancia de resguardar la memoria del municipio de La Paz, haga hasta lo imposible para construirle un edificio propio.

Vale la pena preguntarnos: ¿podrá hacerlo realidad el XV Ayuntamiento que presidirá el licenciado Armando Martínez Vega? Como dice el periodista Ricardo Alemán: al tiempo.

Un policía mordelón

El lunes pasado, en la sección de Los Cabos, apareció en el periódico *El Sudcaliforniano* una gacetilla dando noticia de un agente de policía de la Piura, Perú, que al ser sorprendido recibiendo un soborno, se llevó el billete de 100 soles a la boca, lo mordió, lo masticó y se lo tragó con el fin de borrar las evidencias.

Los testigos y el fiscal le pidieron que escupiera el billete pero sabiendo las consecuencia se negó a hacerlo. De todas maneras fue puesto a disposición de la justicia para la investigación correspondiente. Pero a falta de la prueba principal lo más seguro es que la pena fue breve, aunque a lo mejor causó baja del departamento policíaco.

El caso, por inédito, motivó que el gobierno emitiera leyes más severas para acabar con la corrupción, no solamente en la policía sino en todas las dependencias públicas. Este caso es semejante a otro que ocurrió hace muchos años en la Ciudad de México.

Allá por los años cincuenta del siglo pasado existió un abogado litigante llamado Bernabé Jurado. Los que lo conocieron dieron fe de su forma elegante de vestir, de sus muchas conquistas femeninas, de los saraos que organizaba en su departamento a los que asistían políticos, abogados, artistas y, a veces, personajes que tenían cuentas pendientes con la justicia.

Y es que Bernabé fue un abogado que se sabía de todas, todas. Actuó como defensor de muchos acusados y logró su liberación. Lo señalaron muchas veces de defender a delincuentes, pero se justificaba diciendo que no importaba quien fuera siempre y cuando le pagaran sus honorarios que no eran pocos.

No era muy escrupuloso cuando se trataba de ganar veredictos a favor de sus defendidos. En una ocasión uno de sus clientes fue acusado de haber girado un cheque sin fondos por la cantidad de cien mil pesos. Durante el proceso, el juez sugirió que para exonerarlo del delito debería entregar el monto del documento expedido.

El llamado abogado del diablo, al escuchar el veredicto del juez, solicitó examinar el cheque pues según él la firma no era la de su cliente. Al tenerlo en sus manos, lo estrujó hasta hacerlo una bolita y se lo tragó. Entonces inició un alegado diciendo que como no existía la prueba del delito, el proceso debía suspenderse y declarar la absoluta libertad del acusado. Total, al fin de cuentas solamente se autorizaron cinco mil pesos como indemnización. Así se las gastaba Bernabé Jurado.

Abogado Bernabé Jurado

Quiero creer que el policía piureño se enteró de alguna manera de la acción ilegal del abogado mexicano y de cómo, a falta de pruebas, es difícil emitir una sentencia condenatoria. Lo malo es que fue en otros tiempos, si no Bernabé lo hubiera dejado libre.

José Ramón Garmabella, autor del libro *El güero Téllez, reportero de policía*, incluye una semblanza completa de este personaje. Los últimos años de Bernabé fueron una tragedia. Acusado del robo de unas joyas tuvo que huir al extranjero, pero al regresar al cabo de varios años su prestigio se había acabado. Alejado de los tribunales se dio a la bebida y en un día aciago, después de una terrible discusión con su esposa, la asesinó y después se pegó un tiro en la sien.

Los cambios en la Dirección de Tránsito

Los cambios, dijo alguien, son para mejorar, aunque otros más pesimistas dicen que son para empeorar. Al menos en lo que respecta a la Dirección de Tránsito las cosas van mejor de lo que se creía, sobre todo por lo que toca a las personas de la tercera edad. Y mire usted porqué.

La semana pasada acudí a las oficinas de esa dependencia del gobierno del estado –antes pertenecía al Ayuntamiento– a fin de dar de baja un vehículo que acababa de comprar y, desde luego, a darlo de alta a mi nombre. Los trámites duraron menos de lo que esperaba gracias a la ayuda de una dama que atiende los asuntos de las personas jubiladas y pensionadas.

De principio a fin ella se encargó de todo. Ordenando los documentos necesarios, gestionando las autorizaciones en la ventanilla de pagos y, por último, entregar los recibos en la oficina de placas y revisiones mecánicas. Al cabo de más o menos media hora ya tenía en mi poder la tarjeta de circulación y el engomado del año 2016.

Bueno, pero aparte de la agilización de los trámites, –antes se perdían dos o tres días– me sorprendieron los cambios de esa dependencia hechos con el fin de prestarle un mejor servicio a los dueños de los vehículos. Por ejemplo, frente a las ventanillas de cobro colocaron filas de butacas para comodidad de los que van a hacer los pagos. En un extremo de las ventanillas una empleada expide por medio de una computadora el talón con el número que corresponde a la persona que está en la lista de espera. Y a su tiempo, un magnavoz electrónico avisa la ventanilla adonde debe acudir la persona.

Pero eso no es todo. Cuando se llega al lugar donde se expiden las tarjetas de circulación la tardanza no importa, pues también han colocado sillas y, además, por medio de un tablero electrónico avisan cuando le toca el turno de presentarse en la ventanilla correspondiente. "–Como ya lo hacen –le comenté a un señor sentado a un lado– en Hacienda y en otras dependencias públicas y privadas".

Pero como expresa el dicho ranchero de que no todo es miel sobre pepitas de ciruela del monte, todas esas comodidades no son suficientes, ya que las tarifas por la baja de placas, el alta del nuevo propietario y las revisiones mecánicas son prohibitivas para muchos dueños de automóviles. Y no se diga de las multas por infracciones que llegan, en algunos casos, hasta los miles de pesos. Y si le sumamos el costo de la gasolina y las reparaciones necesarias en todo vehículo, pues es un desembolso que desequilibra el mejor presupuesto. Alguien, angustiado por estos gastos, comentó que mantener un carro cuesta más que mantener una mujer. Por algo lo dirá.

Ahora que el uso del automóvil se ha convertido en un símbolo de distinción en nuestra entidad, todo joven que comienza a trabajar lo primero que hace es adquirir un vehículo,

pero no una bicicleta ni una moto, sino una de cuatro ruedas y si es "picap" de doble tracción, mejor. Y ahí va por el malecón luciendo orgulloso su adquisición aunque no tengan un centavo en sus bolsillos y con una deuda a plazos que tendrá que pagar, con mengua de su raquítico sueldo.

Pero así es la satisfacción de cada quien. Como la mía que adquirí un carro y ahora, junto con mi esposa–mis hijos ya tienen sus propios medios de vida–comparto los ingresos de mi jubilación. Se me olvidaba, la amable señora que me atendió en los trámites ante la dirección de seguridad y tránsito se llama Anita Crespo Arballo.

Los árboles de la India

Ahora, con eso de la remodelación del malecón por el gobierno y la iniciativa privada, un buen amigo me preguntó de los árboles de la India que embellecían buena parte del paseo Obregón y los que, supuestamente por las anteriores remodelaciones, han desaparecido. Hube de explicarle que todavía en la década de los cincuenta del siglo pasado formaban parte del malecón.

No sé a ciencia cierta quien los sembró, aunque es probable que haya sido durante el gobierno de Carlos M. Esquerro, cuando en 1926 se inauguró el malecón. Aunque, por otro lado, existen fotografías de principios del siglo donde se observan esta clase de árboles, sobre todo en la antigua calle Comercio la que actualmente lleva el nombre de ese gobernante.

En el año de 1959 un ciclón causó severos daños en algunos estados de la costa del Pacífico y la muerte de 1 500 personas, además del hundimiento de 150 barcos. Y cuando llegó a nuestra entidad, sobre todo en La Paz, causó bastantes destrozos,

aunque no hubo víctimas. Pero algunas de las embarcaciones que se encontraban en la bahía, la fuerza del viento y el oleaje las arrojó a la playa. Una de ellas fue "El Arturo" que quedó enterrada en la arena a varios metros de la orilla.

El malecón quedó destrozado en varias partes y de las palmeras que adornaban la calzada muchas de ellas solamente les quedó el tallo, pues sus hojas fueron arrancadas por la fuerza del viento. Los cauces de los arroyos que cruzan la ciudad rebosantes de agua, causaron daños irreparables como fue el caso de la empresa Inalapa dedicada a empacar y procesar el algodón proveniente del Valle de Santo Domingo.

Fue tal la fuerza del viento originado por el ciclón de 1959, aunado a la lluvia que reblandeció la tierra alrededor de los árboles de la India, que casi los arrancó, por lo que las autoridades optaron por quitarlos de la calzada. Fue muy triste presenciar a esos frondosos árboles ladeados y con sus raíces a flor de tierra. Desde la calle 16 de septiembre hasta el entronque con el muelle fiscal fueron no menos de quince los que desaparecieron debido a ese fenómeno meteorológico.

Y también –eso nos lo recuerda Elino Villanueva en su libro *El ciclón Liza*– por causa del ciclón los ocho grandes álamos que adornaban el paseo en el tramo comprendido del muelle a la calle Manuel Márquez de León fueron derribados, impotentes ante la fuerza incontenible del viento. Ellos, al igual que los árboles de la India fueron destruidos por las autoridades de ese tiempo.

Después ya no se reforestó el paseo Álvaro Obregón. Con el paso de los años y en forma paulatina fueron despareciendo los llamados también laureles de la India, sobre todo los que estaban en el centro de la ciudad, por las calles 16 de septiembre, Carlos M. Esquerro y varios tramos del malecón. Hoy esos

espacios los ocupan banquetas de cemento muy a tono con el grado de desarrollo de nuestra capital. Pero se añoran esos hermosos árboles.

Ya no se han vuelto a sembrar esos laureles. En su lugar, en varias calles de la ciudad se ha esparcido otra clase también originaria de la India conocida como "Nim". Estos árboles tienen la ventaja de que crecen muy rápido y con una fronda que da cobijo en los meses de verano. Además se tiene la creencia que sus hojas son un buen antídoto contra los zancudos.

En el presente, cuando recorra la ciudad, encontrará de pronto algunos árboles de la India, como aquellos que en épocas pasadas adornaban el malecón de nuestra ciudad.

La perrita Tula y la peste amarilla

La historia de Baja California registra que en el año de 1804 una epidemia de viruela hizo estragos entre la escasa población de ese entonces. Ante tal contingencia, el gobierno central envió a don José Francisco Araujo, licenciado, médico cirujano y botánico, para que se combatiera la enfermedad.

Por principios de cuentas mandó pedir una cantidad suficiente de pus vacuno mediante el cual, inyectado a los que sufrían ese mal, daría fin a la epidemia. Ya en otra crónica hice referencia de cómo se aplicaba la vacuna: –"En una aguja gruesa se ensartaba una mecha de algodón que humedecían en el pus. Y luego, como quien cose un lienzo, pasaban esta aguja entre cuero y carne, cortaban el pabilo dejando la mecha adentro y a los pocos días alma a la eternidad..."

Cuarenta años después, en 1844, la misma enfermedad se sintió en La Paz y el jefe político coronel Maldonado, imitando el tratamiento médico anterior, mandó muchos enfermos

a la tumba. Para salvarse, muchas familias se internaron en el monte para evitar ser vacunados.

En 1886 –años más años menos– una nueva epidemia pero ahora de fiebre amarilla cobró la vida de muchísimas personas, sobre todo en la ciudad de La Paz. Las personas fallecidas fueron sepultadas en los antiguos panteones, uno de ellos donde están actualmente los estadios Arturo C, Nahl y el Guaycura. Cuentan que cuando desaparecieron esos panteones llevaron los restos al nuevo panteón de Los San Juanes, menos los que habían muerto de ese mal.

Los anteriores antecedentes dan pie para narrar un extraordinario caso que sucedió en la ciudad de Murcia, España. Fue durante la epidemia de fiebre amarilla en el año de 1811. –"Los primeros indicios de que una enfermedad rondaba en la ciudad –dice el cronista Antonio Botías– fue cuando en el otoño de ese año muchos murcianos cayeron enfermos sin causa aparente. Pronto se dieron cuenta que la peste había llegado a esa región. Y desde luego sus efectos fueron catastróficos..."

Las autoridades cerraron calles enteras en las que la epidemia había hecho mayores estragos. Cuando tapiaron una de ellas, los trabajadores sacaron a la última víctima, una joven señora, pero no se dieron cuenta de que tenía un bebé de escasas semanas de nacida la cual quedó abandonada. Por suerte, una perrita que se encontraba en la calle se acercó a la niña y sin más la comenzó a amamantar para salvarle la vida. Lo siguió haciendo hasta que pasó el peligro de la peste y fue entonces cuando los habitantes de Murcia se enteraron de la fantástica historia de la niña y la perrita a la que bautizaron con el nombre de Tula.

Desde luego, el noble animal adquirió una popularidad inusitada. Y lo mejor, en todas las casas le daban comida y la

mimaban. No era para menos, ya que muchos pensaron que su acción ayudó para que terminara la peste.

Como toda historia convertida en leyenda, nos sorprende y alegra por increíble que parezca. Recordemos otras, como la de Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad de Roma, que fueron amamantados por una loba. Ellos fueron hijos de Marte, el dios de la guerra y de Rea Silvia, pero amenazados de muerte con tal de salvarlos los arrojaron en una canasta al río Tíber. Al encallar la loba los encontró.

Mi calle, la impasible

Llevo varias crónicas hablando sobre la calle 16 de septiembre donde vivo hace más de 70 años. Y huracanes van y huracanes vienen y ella permanece impasible, como el dicho aquel de que esos fenómenos meteorológicos le hacen lo que el viento a Juárez.

Calle 16 de septiembre de 1810.

Ya van para sesenta años, creo que fue durante el gobierno del general Agustín Olachea, que se mandó pavimentar esta calle, desde el malecón hasta la avenida Isabel la Católica. Antes, en la década de los años cincuenta del siglo pasado, teníamos que caminar por ella entre la arena del arroyo que la cruza a todo lo largo. Y en la época de verano ya se imaginarán.

Cuando azotaba un chubasco –así le decíamos a los huracanes– o una lluvia torrencial, era un espectáculo ver como la corriente de agua inundaba toda la calle hasta llegar a la orilla de la playa. Como tenía vía libre, las pocas casas construidas a los lados de la calle no sufrían grandes desperfectos.

Ahora, las aguas siguen corriendo y a pesar de los años transcurridos, el pavimento continúa en buen estado, salvo algunas pequeñas grietas que son fáciles de tapar. Y esto viene a cuento por lo que sucede en otras calles de la ciudad, en las que cualquier lluvia las deteriora formando hoyos y hoyancos que son un martirio para los conductores de vehículos. Y lo peor es que algunos choferes descuidados caen en ellos dando al traste con las llantas y la suspensión.

A lo mejor son estos, después de las experiencias sufridas, que colocan en esos hoyancos llantas, latas vacía, letreros y hasta–ingenio que no falta–ramas diversas como si fueran plantas que ahí nacieron. Avisos que agradecen los conductores, pero también un recordatorio para las autoridades encargadas de solucionar este problema vial.

Y mire hasta donde llegan las cosas. Resulta que la administración estatal anterior gastó muchos millones de pesos para pavimentar y restaurar las principales calles de la ciudad. Ahora nos damos cuenta que sólo algunas de ellas fueron pavimentadas con concreto hidráulico y las demás con asfalto. Las

primeras se han conservado en buen estado, mientras que las segundas parecen cráteres de la luna.

Hasta eso que las autoridades hacen lo que pueden, como rellenar los hoyos con arena en tanto los tapan con material resistente. En una crónica anterior aventuré la idea de tomar en cuenta a la ciudadanía, en especial a la que vive en las calles en pésimo estado. De solicitar su colaboración a fin de ayudar a solucionar el problema. Que el Ayuntamiento, por ejemplo, deje en cada esquina de esas calles una cantidad de asfalto para que los vecinos con ayuda de palas, azadones, barras u otros objetos puedan coadyuvar a tapar los hoyos de sus calles. Y que se concientice la idea de que no todo debe hacerlo el gobierno. No se vale, como buen ciudadano, justificar la frase "para eso pago mis impuestos"

Bueno, pero parece que estoy divagando. Cuando me refiero a mi calle la 16 de septiembre y su indestructible pavimento, le doy un voto de reconocimiento al ingeniero que en su época dirigió ese trabajo hecho para que durara no sólo unos años. Desde luego existen otras rúas cuyos pavimentos datan de muchas décadas atrás, sin que el tiempo y los huracanes hagan mella de ellas.

Arreglar las calles de manera improvisada y con malos materiales no es la solución del problema. Y esos hoyancos que se ven donde quiera son el reflejo de que las cosas no se hicieron bien, y permiten pensar que hubo mucho desperdicio de los dineros que el gobierno destinó para pavimentar las calles de nuestra ciudad capital.

Una aventura intelectual

Diecisiete años no son cualquier cosa. En 1999, un reducido grupo de amigos con inclinaciones literarias fundamos una agrupación que recibió el nombre de Escritores Sudcalifornianos, con el carácter de asociación civil. Fue en el mes de abril de ese año y todos pensamos que iba a ser una aventura que no pasaría de unos pocos meses.

Pero no. Con el entusiasmo de tener un medio donde se podía dar a conocer la creatividad literaria de los socios el tiempo fue pasando, las reuniones se hicieron mensuales y las actividades culturales produjeron el reconocimiento de una parte importante de la población sudcaliforniana. Y lo mejor, la asociación fue reconocida por las instancias oficiales, en especial del Instituto Sudcaliforniano de Cultura que siempre nos ha brindado su apoyo incondicional.

A lo mejor fue por la calidad de nuestros compañeros escritores. A lo largo de esos 17 años, hemos tenido socios de gran relevancia en el mundo de las letras, como lo son, sin duda,

Leonardo Varela, Omar Castro Cota, Fernando Vega Villasante, Alejandro Magallón Cosío, Raúl Antonio Cota y Juan Melgar Sánchez los que, por cierto, fueron socios fundadores de ESAC.

En los primeros años hicimos una atenta invitación a uno de nuestros mejores poetas, Néstor Agúndez Martínez para que formara parte activa de nuestra asociación, pero no aceptó, por lo que se le dio el nombramiento de Socio Honorario. Fue el mismo caso de Armando Trasviña Taylor, escritor de renombre internacional, que forma parte de ESAC.

No es cosa fácil mantener durante tantos años una asociación cultural como la nuestra. La cultura en cualquiera de sus manifestaciones es un reflejo callado de las manifestaciones humanas que tiene que ver con las formas de ser y actuar de las personas o sociedades. Pero, por ello, es un pilar que identifica y le da sentido al desarrollo de los pueblos, como en su momento es la educación.

Las artes cómo la literatura y otras afines, han acompañado a los mexicanos desde los tiempos antiguos, pasando por la época de la colonia, de la vida independiente y las etapas de la revolución. Netzahualcóyotl, Sor Juana Inés de la Cruz, Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel Payno, Amado Nervo, Ramón López Velarde, Martín Luis Guzmán, Jaime Torres Bodet y Juan Rulfo, fueron poetas, novelistas y autores de cuentos que reflejan al México de todos los tiempos.

Y aquí, en Baja California Sur, aunque su historia no ha corrido pareja con el resto de la república, si tenemos escritores de la talla de Leopoldo Ramos, Filemón C. Piñeda, Francisco Cota Moreno, José Alberto Peláez Trasviña, Guillermo Arambídez y Francisco Arámburo Salas.

Pero no todos los escritores sudcalifornianos se han dedicado al género literario. En la asociación tenemos historiadores

de prestigio como Eligio Moisés Coronado y Gilberto Ibarra Rivera, Cronistas como el que escribe, Rosa María Mendoza Salgado y Martín Avilés. Y tenemos también editores de revistas como en su tiempo Raúl Antonio Cota con *La Cachora* y en la actualidad Victaliano Sánchez con su revista digital *Puerto*.

Son muchos años los que ha vivido Escritores Sudcalifornianos, A.C. Y de seguro serán muchos más si continúa el entusiasmo de sus integrantes. Ahora, con el aumento de su membresía, entre los que se cuentan noveles escritores como Juan Pablo Rochín, Jorge Chaleco, Raúl Cota Álvarez y Lourdes Anguiano y otros que tienen años en el ejercicio escritural como Boby García, Antonio Gil Flores, Elizabeth Acosta Mendía y Jesús Chávez Jiménez, ESAC continuará siendo parte de la gran cultura sudcaliforniana. Además el escritor y extraordinario promotor cultural, Rubén Sandoval, se integró recientemente como Socio Honorario.

Al menos por ahora, su dirigencia que está en manos de los compañeros Francisco López Gutiérrez, Víctor Ramos Pocoroba y Ernesto Adams Ruiz, su activismo permeará en la población de Baja California Sur.

Una promesa de año nuevo

No se dio cuenta y de pronto Manuel ya se había convertido en un hombre que ingería bebidas embriagantes casi todos los días. Su oficio de mecánico automotriz le dejaba buenas ganancias que convertía en botes de cerveza o bien de las mentadas ballenas. Y así, conduciendo su vehículo, le gustaba llegar a los ranchos cercanos a la ciudad donde, en compañía de eventuales amigos, pasaba las horas en pláticas amenas hasta dar fin a las bebidas.

En su taller mecánico nunca faltaron los amigos los que, conociendo su gusto, le llevaban diversas marcas de la ambarina que disfrutaban, en tanto Manuel arreglaba las descomposturas de los carros. Cuando terminaba el trabajo ya estaba a medio chiles y era común que siguiera por su cuenta la borrachera. Y así, día con día.

Entregado a su trabajo y a la dulce vita, era poco el interés que tenía por su familia. Vivía con sus padres y un hermano menor que cursaba sus estudios en una escuela preparatoria

instalada en la periferia de la ciudad. De vez en cuando lo ayudaba para pagar la colegiatura y la adquisición de los libros de texto. Pero eso era todo.

En una ocasión, al llegar a la casa, saludó a su madre, pero al darse cuenta de que había llorado, le preguntó: ¿Qué te pasa, jefa? Por toda respuesta, las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos y con voz lastimera le confesó: "Fíjate Manuel que tu hermano anda metido con las drogas. Hoy en la mañana me robó el dinero que tenía guardado para pagar el gas y al revisar su cómoda, me encontré un sobrecito con una sustancia parecida a la harina. Tu papá me dijo que es cocaína".

–Hasta la borrachera se me quitó con la noticia– confesó después el Meño, como cariñosamente le decían. De pronto le dio mucho coraje y se propuso llamarle duro la atención a su hermano. Pero, pensó: "¿Qué le puedo decir si yo también soy un vicioso? Tiene que haber una solución para que deje su adicción por las drogas".

Así pasó una semana. Eran los últimos días del año y en su casa se notaba el ajetreo para preparar la cena del 31 y la compra de algunos licores propios de la estación invernal. Manuel, para no variar, llevó un cartón de 24 cervezas Modelo porque eran sus preferidas. Como a las diez de la noche comenzó el festejo, aunque ya antes Meño se había echado unas cuantas cervezas. Su hermano, arrinconado en un sillón de la sala, no participaba y se mostraba un tanto desesperado, quizá por la falta de la droga.

Llegaron las doce de la noche y entre los abrazos y deseos de bienaventuranza, la familia compartió la cena, mientras escuchaban las doce campanadas de la iglesia cercana y el tronar de los cohetes y uno que otro balazo disparado por personas irresponsables. Después de esos momentos de espontanea felicidad,

Manuel se dirigió a su hermano y lo invitó a salir al patio, pues deseaba hacer un compromiso con él.

–Mira –le dijo– sé que andas metido en las drogas y eso te va a llevar a la perdición. Perderás tus estudios y no serás nada en la vida.

–Y tú –le respondió su hermano–también no dejas de emborracharte y quieres que yo deje mi vicio.

–Por eso, quiero hacer un compromiso contigo y ponemos a Dios por testigo. Vamos a tratar de que no caiga la desgracia a nuestra familia. Nuestros padres no lo merecen.

–¿Y de qué se trata?

–"Bueno, a partir de este día –era la una del año nuevo– Tú y yo vamos a dejar el vicio. Yo dejaré de tomar y tú te alejarás definitivamente, de consumir drogas". Y dicho lo anterior le extendió la mano para sellar el pacto, de hermanos y de hombres. Después, abrazados, con la emoción reflejada en sus rostros, exclamaron: ¡Feliz Año Nuevo!

Ya han pasado veinte años y el compromiso sigue vigente. A fuerza de voluntad lograron cumplir su promesa. Y aunque hubo momentos de debilidad, los dos enderezaron su camino y hoy, como asegura Manuel, fue lo mejor que han hecho en su vida.

La Paz, ciudad limpia

Para los que caminamos por las calles de nuestra ciudad nos da gusto observar a las brigadas de trabajadores del Ayuntamiento los que, con escobas, rastrillos, palas y carretillas, se dedican a limpiar de escombros, basura y el zacate que nace en los intersticios de las banquetas, además de recoger las ramas que quedan después de la poda de los árboles.

Llevan un buen tiempo dedicados a esa tarea, pero los resultados son excelentes. Algunas calles por desidia de las personas que habitan en ella, no se mantienen limpias o bien porque es más fácil tirar la basura en la calle que guardarla para después depositarla en los botes que para ese propósito tienen en cada hogar.

Pero el problema es más serio en las esquinas donde las familias esperan el camión urbano. En ellas es común encontrar todo tipo de desperdicios: vasos de plástico, botellas de refrescos, envolturas de golosinas, restos de comida y diversas bolsas

de plástico. Y ahí quedan por días y semanas hasta que las brigadas de trabajadores los recoge.

Es increíble la cantidad de basura que existe en nuestra ciudad. Los camiones recolectores diariamente llevan cientos de toneladas al basurero municipal. Y creo que no se dan abasto. Y eso que muchos particulares ayudan a resolver el problema llevando la basura de sus hogares en sus carros particulares. Pero ni así.

Hace algunos días me dirigí a los *yonques* que se encuentran por la carretera que va a Los Planes. En uno de sus tramos ascendentes se encuentra un terraplén utilizado por los conductores para revisar sus vehículos. Bueno, lo usaban, porque personas inconscientes lo llenaron de basura, incluyendo restos de animales y diversos materiales. Al pasar por ese lugar teníamos que subir los vidrios por la pestilencia. Y claro, ni pensar que los automovilistas se detuvieran.

Ahora, gracias a una brigada de trabajadores, ese lugar se encuentra limpio, pero no tardará en estar sucio de nuevo. Como las calles y banquetas que han sido atendidas que no tardarán en estar como antes. Y ante este dilema, ¿cuál es la solución a este problema social?

Una solución elemental sería la de continuar con las brigadas e incluso aumentarlas. Pero desde el punto de vista económico no es posible. Sería un desgaste para el Ayuntamiento que no se puede permitir. Colocar recipientes en las esquinas pudiera tener buenos resultados, siempre y cuando las personas se habituaran a ellos. Sin embargo la fuerza de la costumbre hará que los desperdicios se tiren dondequiera.

En una ocasión una hija mía iba detrás de un individuo que arrojó sobre la banqueta el envoltorio de una golosina que iba comiendo. Lo recogió, alcanzó al individuo y le dijo: “Señor,

señor, se le cayó esto". Seguro comprendió su falta pues se lo guardó en su bolsillo. Pero, me pregunto ¿cuántos de nosotros hacemos lo mismo cuando tiran la basura a la calle?

Y todo lo anterior tiene estrecha relación con los hábitos que se adquieren desde la infancia y que permanecen durante toda la vida. Y en ellos la familia y la educación juegan un papel importante. Pero, además, la adquisición de valores humanos como la solidaridad para las buenas obras y también, porque no, de amor por nuestra ciudad, una ciudad que es el reflejo de sus habitantes. Una ciudad ordenada, limpia, segura, con servicios públicos excelentes y con unos habitantes orgullosos del lugar donde viven.

Una revista del normalismo Sudcaliforniano

Con el riesgo de pescar un resfriado cuate, el martes pasado asistí a la presentación de la revista *Caudel* en el ágora de La Paz. Fue a las seis de la tarde con un vientecillo frío que calaba mi flaca humanidad. Por cierto llegué un poco tarde apenas para escuchar a uno de los presentadores el que, con el entusiasmo a cuestas, no tomó en cuenta la baja temperatura y por eso se excedió en el tiempo de su exposición.

Cuando el estimado amigo Francisco López Gutiérrez me obsequió un ejemplar de la revista, me extrañó el nombre de la publicación ya que ella, como lo dicen los editores, es una revista del normalismo sudcaliforniano. Pero luego lo justifican cuando afirman que como el Caudel su aparición "anuncia la llegada de fértiles lluvias y profetiza frutos.

Y como al gato que lo mató la curiosidad, de inmediato me apresté a releer ese cuento cuyo autor es el profesor Jesús Castro Agúndez, de grata memoria. Se encuentra en un folleto con el título "...Ando en mis meras nadadas" que fue publicado en

el año de 1983. Por cierto, no sería mala idea de que el Ayuntamiento de Los Cabos lo volviera a imprimir dado que los relatos y cuentos –son catorce– contienen temas regionales. Aunque, como creo que no tiene talleres gráficos, lo mejor sería que el Instituto Sudcaliforniano de Cultura lo reeditara.

Caudel, la revista publicada bajo la dirección de Francisco, contiene, como es natural, artículos relacionados con la educación y el papel que desempeñan las escuelas normales, tanto urbanas como rurales. De la problemática existente en su organización interna, así como en la congruencia de sus funciones con la política educativa de nuestro país.

En un mensaje que envía a los jóvenes normalistas, López Gutiérrez les dice que la revista está dirigida a los jóvenes profesores y candidatos a profesores en especial a las educadoras, profesoras y maestras, De alguna manera –las educadoras– tienen una responsabilidad compartida, dado que una educación preescolar de calidad permite a los estudiantes a superar el nivel básico de conocimientos y capacidades y seguir adelante en su preparación académica.

Me llamó la atención una parte de su Editorial cuando dice que *Caudel* es una revista independiente que tiene como meta la verdad de toda reflexión docente. Y que la revista pretende ser un foro abierto, plural e incluyente, donde se escuche una rica polifonía: las voces críticas y propositivas de profesionales de la educación..."

Y tal como lo hicieron los colaboradores del primer número de la revista, tal propósito es una realidad, porque Manuel Salvador Romero Navarro, Francisco Careaga Domínguez, Mirna Guadalupe Verdugo Silva y el propio Francisco López, exponen de manera franca sus reflexiones, sus puntos de vista en torno al papel que desempeñan las escuelas normales en el

contexto nacional y de cómo, a causa de la política educativa de nuestro país, no participan como debieran en actividades extraescolares.

Además externan una preocupación, de que a cómo van las cosas en nuestro país como resultado de la reforma educativa, las escuelas normales puedan desaparecer absorbidas por las universidades. A propósito, el secretario de educación pública expuso ante el pleno del Senado los cinco ejes de la reforma educativa, entre ellos el referente al servicio profesional docente mediante el fortalecimiento de las escuelas normales y con evaluaciones que apoyen a los maestros en su formación y desarrollo.

Le auguramos larga vida a la revista *Caudel*. Que reciba el apoyo de las autoridades educativas y de la sociedad en general. Y que, como lo hizo en esta ocasión, el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, a través de su Coordinación de Fomento Editorial, le dé su respaldo para su publicación. Lo merece.

Los ladrones de Pichilingue

No, no es una leyenda, es un hecho real. El domingo, hace quince días, mi nieto Marcel, acompañado de dos parientes, salió a pescar y disfrutar de un día soleado en la bahía de La Paz. En el desembarcadero de la playa de Pichilingue bajaron su lancha y estacionaron su vehículo en un lugar apropiado. Como de costumbre, mi nieto lo dejó cerrado pues llevaba varias cosas de valor.

Playa de Pichilingue en la bahía de La Paz.

Cuando regresaron, después de siete horas en el mar y con dos piezas menores, se encontraron con la sorpresa de que un ladrón o varios de ellos habían roto una aletilla de una de las puertas y saqueado el vehículo. Se llevaron tres cañas de pescar, herramientas, enseres de pesca y la billetera personal con las tarjetas de crédito y dinero en efectivo.

Pero no sólo fue el carro de mi nieto. También hicieron lo mismo con otros tres vehículos estacionados después de echar sus embarcaciones al mar. Fue un robo en forma sin que nadie se diera cuenta de lo que estaban haciendo. Bueno, al menos las familias que iban llegando a ese sitio de recreo no se enteraron de lo que pasaba.

Cuando le pregunté a mi nieto si habían avisado a la policía del robo, me dijo que uno de los afectados lo había hecho, pero que a esa hora ninguna patrulla había llegado. –Tú debiste haber llamado –le dije– para que exista el antecedente en la oficina del ministerio. Y también –le sugerí– acudiera ante las autoridades para denunciar el robo. No hizo ninguna de las dos cosas.

Y es que existe la creencia de que a pesar de las denuncias es poco lo que hace la policía para investigar los casos de robo. Sin embargo, las declaraciones de lo sucedido son el punto de partida para el inicio de las investigaciones y dar con los ladrones. En muchos casos, el modus operandi de ellos los puede delatar, o bien seguir el rastro de los artículos robados.

En una película norteamericana, un agente del FBI acusado de fraguar un complot en contra del presidente de los Estados Unidos, presenta como prueba de su inocencia un vaso de vidrio con las huellas dactilares del hombre que llevaría a cabo el atentado. Esa agencia lo identificó plenamente y procedió a su detención. Tengo entendido que aquí la procuraduría cuenta con

un laboratorio especializado en huellas dactiloscópicas de muchos de los delincuentes de esta ciudad de La Paz. A lo mejor, si hubieran podido revisar los vehículos dañados encontrarían las huellas de los autores de los robos.

Por otro lado, no debe descartarse la posibilidad de que los ladrones vuelvan a hacer lo mismo en fechas posteriores, habida cuenta de que no fueron denunciados. Pero los dueños de los vehículos deberán ser más cuidadosos en no dejar cosas de valor en su interior, además de que deben estacionarlos en lugares más seguros.

Por lo pronto, mi nieto sufrió una pérdida de más de diez mil pesos, entre objetos diversos y dinero en efectivo. Para la próxima vez que vaya de pesca, seguramente escogerá otro lugar de desembarco que no sea la playa de Pichilingue. Y su justificación la dará diciendo: "en esa playa no, porque hay rateros".

Es preocupante su opinión, pues Pichilingue es una playa adonde asisten cientos de personas los fines de semana. Está considerada como un sitio de interés y recreo turístico, y no es justo que por personas adictas a los bienes ajenos ese lugar adquiera mala fama. Algo tendrán que hacer las autoridades para evitar los robos a las personas y los vehículos. La seguridad de los visitantes bien lo merece.

No estamos solos

El lunes pasado tuve la oportunidad de saludar a Vico Caballero, poeta y promotor cultural de la región de Los Cabos. Tiene una librería en la segunda planta del centro comercial Walmart en Cabo San Lucas. Por varios años fue el director de cultura de esa delegación municipal.

En este año de 2016, el Instituto Sudcaliforniano de Cultura le publicó su poemario "Al cabo canto" que es una elegía al pueblo que le ha dado cobijo en los últimos años. Aunque, con mucha razón, su prologuista Leonardo Varela, dice que esta obra poética es "antes que otra cosa un registro de las tensiones y asimetrías monstruosas entre una sociedad extraviada y el individuo que busca su camino..." Y Varela afirma: –"Vico Caballero utiliza un lenguaje directo que sirve a la intención de reflejar crudamente los sentimientos encontrados de quien se descubre extranjero en su propia tierra..."

Caballero participó en una antología de escritores de Los Cabos en la que incluyó fragmentos de su poemario, un cuento

y un artículo titulado "Los Miserables". En éste, narra la visita de una familia a esta región y su estancia en un condominio contratado con anticipación. Pero cuando sus hijos utilizaban la alberca, un turista gringo les llamó la atención diciéndoles que estaba prohibida bañarse en ella porque era exclusiva de los extranjeros.

Extrañado por esa prohibición, el padre le pidió explicaciones al gringo en cuestión, quien le afirmó que esos condominios sólo podían ocuparlos los turistas de otros países. Y para colmo, una francesa que se acercó también puso su granito de sal diciendo: –"ni perros, ni mexicanos, ni gatous..." Total, la familia buscó otro alojamiento donde no había discriminación.

De unos años acá somos muchos los que hemos alertado sobre la invasión silenciosa a nuestra tierra por extranjeros, sobre todo norteamericanos. Y de capitalistas mexicanos asociados a inversionistas de otros países llevados por el afán de lucro. Todos ellos han construido hoteles de lujo, condominios, centros comerciales y, no conformes con eso, han adquirido grandes extensiones de tierra muchas de ellas junto a las playas. Y claro, también se ha convertido en agentes inmobiliarios revendiendo las propiedades de sudcalifornianos que adquirieron a bajo precio.

Por eso nos parece oportuno escuchar la voz de un poeta que no teme decir la verdad. Hoy, ante la amenaza constante del capitalismo extranjero y la transculturación que lentamente debilita la identidad de los habitantes de la región de Los Cabos –y de otras regiones– es urgente iniciar una campaña de reivindicación de lo nuestro comenzando por prohibir el uso del término *BajaSur* para denominar a nuestra entidad.

El gobierno del estado tiene en sus manos la solución. Basta con que se aplique con rigor lo establecido en el decreto

vigente y que no sabemos porque causas no se ha ejercido. Y que sean las autoridades municipales, sobre todo las del Ayuntamiento de Los Cabos, las que defiendan el nombre correcto de nuestra entidad: Baja California Sur.

En cada municipio existen personas valiosas como los responsables de la cultura, los cronistas, los historiadores, los escritores, los periodistas, los maestros, que en un frente común exijan y publiciten los derechos de los sudcalifornianos para preservar lo que las pasadas generaciones les heredaron. Y no me refiero solamente a la propiedad de la tierra, sino también a sus costumbres, a sus tradiciones, a todo aquello que los identifica y les da derecho a vivir en esta tierra generosa que tiene que seguir siendo genuinamente mexicana.

Una bandera bajacaliforniana

Cuando tuvo lugar la invasión norteamericana a nuestro país en los años de 1846 a 1848, las tropas norteamericanas se apoderaron de varias banderas mexicanas, entre ellas, una que enarbolaron los patriotas defensores de la península de la Baja California.

Después de cien años, en 1947, las banderas fueron devueltas a México y quedaron depositadas en el Museo de Historia, en el Castillo de Chapultepec, incluyendo la que perteneció a las fuerzas del capitán Manuel Pineda, el heroico defensor de nuestra tierra.

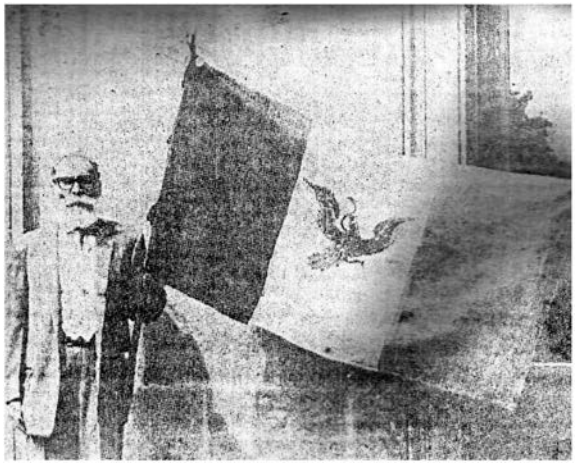
Y hubiera permanecido ignorada, si no es que la buena disposición del profesor e historiador Pablo L. Martínez, hizo posible organizar un homenaje en su honor, invitando a bajacalifornianos que se encontraban en la Ciudad de México, para llevar a cabo la conmemoración. Ahí estuvieron los profesores Jesús Castro Agúndez, Armando Trasviña Taylor, Victoria Meza Olmos y el estudiante Rafael López Green, entre otros.

El acto que tuvo lugar en el Museo de Historia fue emotivo. Durante el desarrollo del programa –dice la crónica– "los estudiantes sudcalifornianos hicieron guardia a la bandera; la Secretaría de la Defensa Nacional envió una numerosa representación encabezada por el Oficial Mayor, general Fernando Pámanes Escobedo; las ofrendas florales que se depositaron ante la enseña patria fueron numerosas y se dio lectura a un documentado trabajo del profesor Martínez..."

En los años siguientes, cada 12 de agosto, los residentes bajacalifornianos en la Ciudad de México recuerdan esa conmemoración en el Castillo de Chapultepec. A la fecha, no estamos enterados si lo siguen haciendo o si los gobiernos de los dos estados peninsulares han tomado parte en este acto de trascendencia histórica.

Lo que sí es verdad fue la inauguración el 30 de septiembre de 1996, del espacio museográfico dedicado a "La defensa de la Soberanía en Baja California Sur", en el Museo Nacional de las Intervenciones" de la Ciudad de México. En esa memorable fecha estuvieron presentes el licenciado Guillermo Marcado Romero, gobernador de nuestro estado, varios legisladores del Congreso local, el licenciado José Andrés Cota Sandoval, director del Archivo General del estado y el que escribe en su calidad de director del Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

El espacio museográfico se formó con una réplica de las banderas que pertenecieron a las tropas californianas en 1847, de documentos facsimilares referentes a la lucha armada contra las fuerzas invasoras; un retrato al óleo del capitán Manuel Pineda, un paisaje de La Paz de esa época y una frase de Mauricio Castro que dice: "Estos pueblos se han propuesto exterminar a nuestros enemigos, o de sepultarse entre sus ruinas antes que sufrir el yugo extranjero".



Con motivo del homenaje a nuestras banderas –fueron dos– en 1963 el profesor Armando Trasviña Taylor le dedicó un poema que tituló "La aldea tricolor", cuyos últimos versos dicen: *Por eso Patria Grande/ la Baja California no es yacija/ es ariete/ Por eso Patria Grande/ La Baja California no es península/ es espada.*

Mañana se conmemora el Día de la Bandera Nacional y el acto oficial será en la ciudad de Iguala, con la presencia del presidente de México, porque fue allí donde se originó nuestra enseña tricolor, como un símbolo de la nueva Patria que nacía después de tres siglos de dominio español. Aquí, en nuestra ciudad, y tenemos entendido que en todo nuestro estado, las ceremonias cívicas se llevarán a cabo con la participación de las autoridades, de las instituciones educativas y de la sociedad civil.

El acto conmemorativo en nuestra ciudad será en las instalaciones del 49 batallón de infantería, con la presencia del gobernador Carlos Mendoza Davis. Por su trascendencia, ahí estaremos.

Amor a la tierra

Cuando escribí esta crónica me acordé de la novela de Pearl S. Buck conocida como *La buena tierra*, obra que, por cierto, la hizo merecedora al premio Pulitzer en 1932. Es el relato de una familia de campesinos chinos y de sus tenaces esfuerzos por conservar la tierra que le fue heredada.

En 1964, después de un movimiento popular que pedía un cambio en la gubernatura del entonces Territorio de Baja California Sur, el presidente Gustavo Díaz Ordaz designó al licenciado Hugo Cervantes del Río, a quien por sus dotes oratorias dicen que la gente de Todos Santos le endilgaron el sobrenombre de "El pico de oro".

Hombre carismático, de gran experiencia política por haber ocupado altos cargos en la administración pública y civil por añadidura, el nuevo gobernador realizó un intenso programa de trabajo durante los seis años que duró al frente de los destinos de la entidad.

Aunque se esforzó por hacer realidad la sentencia de que "la hora de Baja California Sur ha sonado", lo cierto es que las limitaciones presupuestales y la falta de apoyo de las dependencias del gobierno federal, le impidieron lograr con más amplitud sus propósitos. Aun así, atendió en la medida de lo posible los servicios públicos; en su período se construyó el hospital Salvatierra y se terminaron los tramos carreteros La Paz- San José del Cabo y el de Ciudad Constitución-Loreto.

Las personas que integraron su equipo de trabajo lo catalogaron como un funcionario de recio carácter, no obstante su apariencia física y su tono amable al hablar. Uno de sus directores que sintió en carne propia los desfogues de sus enojos, opinó que salvo el uniforme, los civiles tenían iguales tamaños que los militares. Así debió haber sido la regañada.

Pero como lo que comienza tiene que terminar, llegó el día en que Cervantes del Río tuvo que despedirse del pueblo sudcaliforniano, para dar paso al nuevo gobernante ese sí, nativo de corazón, el ingeniero Félix Agramont Cota quien estuvo al frente de la entidad en los años de 1971 a 1975.

Cuentan que la despedida que le hicieron los agricultores del Valle de Santo Domingo fue emotiva, pero nada del otro mundo. Lo que le dio trascendencia y que quedó grabado en el recuerdo de lo anecdótico, es el regalo que casi a lo último le entregó don Isidro Rivera, viejo luchador por el desarrollo agrícola de esa zona.

Con modestas ropas de trabajo, en las manos rugosas su inseparable sombrero de palma y la sonrisa abierta para todos, don Isidro se acercó al hombre que se despedía y le entregó una pequeña caja de cartón, diciéndole: "Licenciado, a nombre de los campesinos de este valle, de los hombres y mujeres que luchan a diario por conservar y hacer producir esta región

de México, le hacemos entrega de este regalo, para que nunca nos olvide..."

Cervantes del Río lo abrazó, le dio brevemente las gracias y procedió de inmediato a abrir el modesto obsequio. Le llamó la atención el peso del mismo y se imaginó que eran frutas o algún tipo de semillas producidas en su rancho. Por eso, grande fue su sorpresa cuando se dio cuenta que la caja contenía solamente tierra, ese material común, que sin embargo es fuente generadora de vida, y para las familias de esa región, la razón primaria de su existencia.

Estos pensamientos cruzaron centelleantes por el cerebro del homenajeado y eso fue causa que, de pronto, sintiera como nunca antes, la identificación con esa masa de personas, con su lucha tenaz, desesperada a veces, pero siempre insistente en hacer producir la tierra como fuente de vida.

Era, en su más clara esencia, el amor a la tierra, la nuestra, la sudcaliforniana.

Chary y sus maestros

–Ahora que vas a ingresar a sexto año serán seis maestros los que se han encargado de tu educación– le dije a mi bisnieta Chary cuando se preparaba para dirigirse a la escuela Simón Bolívar. Pero la contestación me dejó asombrado: –"Son sólo dos, abuelo".

Me le quedé mirando extrañado y entonces me explicó: –"Es que del primero al tercer año la misma maestra nos dio clases y otro maestro de cuarto a sexto". La aclaración no me dejó satisfecho, pues es tradicional que sean seis o por lo menos tres encargados de primero y segundo, tercero y cuarto y quinto y sexto. Pero, ¿dos?

Chary amplió su explicación: –"Tuvimos la misma maestra en primero y segundo, pero como nos dimos cuenta que con ella aprendimos mucho, todo el grupo fue con el director de la escuela y le solicitamos que nos diera clases en el tercer año. Después, cuando pasamos a cuarto sucedió lo mismo, dado que el maestro era muy bueno para enseñar. Volvimos a pedirle

Shariam Guadalupe Ojeda Reyes

al director nos lo dejara en el quinto y después en el sexto. Y es por eso de los dos maestros.

–"Ah, caray, –me dije– esto tiene que ver con la calidad de la educación que pretende el gobierno de la república, que ha insistido en la preparación y desempeño del magisterio nacional. Y qué mejor que sean los alumnos los que confirmen esa calidad".

La preocupación por elevar la calidad de la educación de nuestro país no es de ahora. Ya a principios del siglo pasado hubo educadores que se preocuparon por una educación de calidad, entre ellos Carlos A. Carrillo, Enrique C. Rébsamen y Gregorio Torres Quintero, Y a través de las reformas llevadas a cabo por la SEP, se ha hecho el intento de mejorar en todos los órdenes la educación básica, media superior y superior.

Existen muchas justificaciones para estas reformas, sobre todo la última. Gilberto Guevara Niebla, un estudioso de la situación actual de la educación en nuestro país ha dicho que la expansión de la escolaridad mexicana ha sido una hazaña cuantitativa, pero una "catástrofe silenciosa" en el aspecto cualitativo" Y se pregunta: ¿Qué debe aprender la gente en la escuela? La gente debe aprender en la escuela lo que necesita para resolver su vida.

En esto coincide el Banco Mundial cuando afirma que los objetivos de los sistemas educativos deben adaptarse a las nue-

vas realidades. Ahora el eje se coloca en la adquisición de competencias y no sólo en la simple acumulación de conocimientos.

En el 2002, un análisis sobre la situación de la educación en México expuso la necesidad de la aplicación de un sistema de evaluación que no fue aceptada por el magisterio nacional ni por la burocracia educativa. Proponía tres cosas: una evaluación pública maestro por maestro, escuela por escuela; aumentar el ingreso de los mentores y de los presupuestos a los planteles; dar a los padres la oportunidad de escoger la escuela donde quiera enviar a sus hijos, según su rendimiento educativo. Y esto es lo que pretende la actual reforma educativa.

La familia de Chary vive lejos de la escuela donde estudia su hija. Pero no le importa la distancia porque sabe que es un centro educativo de excelencia, gracias a la calidad de su planta docente. Así deben ser todos los maestros encargados de la educación sudcaliforniana. Y lo son porque los índices de su preparación académica lo demuestran. Con ellos como ejemplo, bien puede la reforma educativa de nuestro país cumplir con sus objetivos.

Llanto por el que se fue

De pronto una llamada telefónica y la voz angustiada de mi querida amiga Estela Davis, ¿Es verdad que murió Mario Santiago? Y al contestarle afirmativamente se escucharon sollozos de la que sostuvo una gran amistad con el periodista desaparecido.

No lo sabía –me dijo– hasta que ayer un conocido me dio la noticia, pero hacía días que lo habían sepultado. Sabía que estaba enfermo más no en tal grado que sucediera lo inevitable. Como lo siento –repitió con voz quebrada– no lo podía creer.

Estela, al igual que otros escritores, –Armando Trasviña, Manuelita Lizárraga, Carlos Castro Beltrán–fue una colaboradora permanente en la revisa *Compás* que Mario fundó y dirigió durante más de veinte años. Ahí leímos varios de los cuentos y relatos de Estela, siempre llenos de interés.

Yo también escribí para la revista, pero no en forma asidua, debido a mis ocupaciones. Pero aun así cuando estaba preparando una edición me llamaba por teléfono para recordarme

mi colaboración. En cierta forma me sentía comprometido, ya que además de tener su amistad, existía un antecedente personal que gracias a él cambió el curso de mi vida profesional.

En 1981, recién jubilado de mi carrera de profesor con treinta años de servicio, y coincidiendo con el ascenso a la gubernatura de Alberto Alvarado Arámburo, a una invitación de Mario, quien había sido nombrado Jefe del Departamento de Acción Cultural, acepté el puesto de subjefe de esa dependencia. A su lado estuve trabajando más de un año, ya que posteriormente me comisionaron en la recién creada Unidad Coordinadora del Sector Educativo.

Mario Santiago director de la revista *Compás*

Durante 18 años estuve laborando para el gobierno del estado. Y fue Mario el culpable o el bienhechor de tal determinación. Desde luego, siempre le dispensé un especial afecto y mantuve una relación de amistad que sólo la muerte dio por terminada.

Cuando lo visitaba en su oficina, después de los saludos de rigor, me preguntaba: ¿Oye, Leo, cuándo vamos por unas langostas? Y es que en una ocasión compramos un six de cervezas Tecate, y cuando un preguntón quiso indagar que estábamos haciendo, Mario le contestó: "Pues aquí comprando langostas".

En los últimos meses, imposibilitado ya para reiniciar la publicación de la revista *Compás*, comenzó a colaborar en la revista *California Gráfica* que edita Armida Torres de Caloca. En el mes de junio apareció su último artículo redactado a semejanza de como lo hacía en su desparecido medio de comunicación. Incisivo, claridoso, sin tapujos y con acertada crítica, Mario cuestiona las acciones del PRI en su falta de liderazgo y su prolongado fracaso.

–"Un líder que cometa errores, que los acepte y los corrija. Que sea receptivo de ideas y sugerencias. Que tenga la mente abierta a todas las corrientes internas. Que tenga sentido del humor, que sea firme en sus decisiones, que esté en contacto con seccionales y distritales..."

Son pocos los periodistas en la actualidad que tengan la calidad de Mario Santiago. Sin apego a las fanfarrias y a los oropeles –en el caso de los premios oficiales– se dedicó por completo a una de las profesiones más nobles, habida cuenta que es la voz de la verdad.

Bien por el amigo entrañable. Las lágrimas son el genuino reflejo del paso por esta vida de un genuino sudcaliforniano. ¿O no lo crees así, Estela Davis?

Los recelos de Cuauhtémoc Morgan

Lo de periodista lo trae en la sangre. Hijo de don Carlos Morgan, el fundador del periódico *El Sudcaliforniano*, Cuauhtémoc siguió sus pasos y con el paso del tiempo, junto con su esposa Hermelinda, fundaron el blog Colectivo Pericú, en la ciudad de San José del Cabo.

Aprovechando los espacios del blog, en los últimos días este periodista ha escrito dos artículos que se refieren al peligro que entraña la penetración paulatina de los norteamericanos en la península de la Baja California, en especial de la parte sur. Y no de ahora, sino a través de muchos años atrás, iniciándose con el despojo de la mitad de nuestro territorio nacional debido a la guerra de los años de 1846 a 1848.

En su último artículo da cuenta de las instalaciones militares norteamericanas que se establecieron en Bahía Magdalena y Pichilingue, a mediados del siglo pasado. Concesiones otorgadas por los presidentes Benito Juárez y Porfirio Díaz hicieron posible la presencia en aguas mexicanas no sólo de

navíos de guerra sino de toda una flota que navegaba oronda como en su casa.

Afortunadamente esas concesiones fueron derogadas aún con la molestia de los norteamericanos que pretendían renovarlas. Pero durante muchos años la presencia ominosa de los extranjeros era motivo de alarma para los habitantes de estas regiones. Y como no, si los barcos de guerra hacían frecuentes ejercicios disparando sus cañones que rompían la quietud de la isla Magdalena y sus alrededores.

Esta información de Cuauhtémoc, nos hace recordar otra invasión aunque temporal de las tropas de los Estados Unidos que establecieron varias bases militares en el territorio de la Baja California, en especial en la parte norte. Fue en 1941 y 1942, a raíz de la declaración de guerra contra el Japón, motivado por el ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941.

Unos días después de ese atentado tropas norteamericanas penetraron a nuestro país supuestamente con permiso de la Secretaría de la Defensa Nacional de México. Además de las bases que establecieron, grupos de aviones de caza y bombarderos se dirigieron al sur de la península según ellos para protegerla.

Esta intromisión a la soberanía de nuestro país, hizo pensar que no era contra el Japón el peligro de la invasión, sino de los Estados Unidos. Con el pretexto de colaborar en la defensa de las costas mexicanas, ya tenían dispuesto un ejército en la frontera listo para invadir la Baja California.

En ese mismo mes de diciembre el presidente Manuel Ávila Camacho nombró al general Lázaro Cárdenas como encargado de la Comandancia General del Pacífico, con sede en la ciudad de Ensenada. Al llegar a ese lugar fue enterado de la presencia de las tropas militares norteamericanas en varios

lugares de la región e incluso que una brigada había ocupado Santa Rosalía.

Así es que la primera tarea del general Cárdenas fue expulsar de la península a los invasores. No sin pretextos y argumentos en contra, el 25 de enero de 1942 las tropas de los Estados Unidos abandonaron nuestro país. Al respecto, bien lo dice Gregorio Sosenski de que "la penetración de tropas norteamericanas en la Baja California, el 20 de diciembre de 1941, con el fin de establecer bases militares, significaron una grave amenaza para la integridad territorial y la soberanía nacional de México..."

De invasiones a invasiones. Ayer por la fuerza de las armas y hoy con el poder del dólar. Una invasión silenciosa que mi estimado amigo Cuauhtémoc no desconoce, puesto que diariamente la observa en esa región de Los Cabos. Aunque esas intromisiones a nuestro país son cosas del pasado, lo cierto es que trascienden al presente y es por ello de su importancia.

Otra decepción más

Cuando leí en el periódico *El Sudcaliforniano* que un estudiante del Centro de Estudios Tecnológicos del Mar del municipio de Los Cabos, había ganado el primer lugar nacional en un concurso de declamación, compartí su alegría y la dedicación que puso para lograrlo.

Pero el gozo se fue al pozo cuando me enteré que la poesía con la que había triunfado llevó el nombre de "La juventud y mi Baja Sur". Y que fue su maestro y asesor Enrique Valera el autor de ese poema. Desde luego, quizá la mayoría de los alumnos de ese plantel compartieron su entusiasmo sin darle importancia al mensaje que lleva implícito esa composición. Porque, caray, vamos de mal en peor en eso de conservar la identidad y la conservación de nuestras raíces históricas.

De Alberto Marroquín, el declamador, a lo mejor no valoró el contenido de la poesía, pero en cambio su maestro demostró una total ignorancia en lo que se refiere al nombre oficial de nuestra entidad que es Baja California Sur. Yo sé que en la

región de Los Cabos se va haciendo común usar los vocablos Baja Sur, pero siempre hemos tenido confianza en los maestros los que, por su formación profesional y ética, se oponen a que se suprima el término California.

El profesor Valera debe estar enterado de que hace años existen intentos de identificar a nuestro estado con el nombre de Baja Sur. Y que esos intentos vienen de personas y empresas extranjeras norteamericanas habida cuenta que en su país tienen a la verdadera California. Y lo más triste es que muchos de los que manejan los medios de comunicación, los publicistas y empresarios mexicanos se han coludido con ellos sin que haya alguien que lo evite.

Claro que existe un decreto que prohíbe cualquier otro nombre que no sea Baja California Sur para referirse a nuestra entidad. Pero como parece ser que a nuestras autoridades les importa poco aplicarlo, pues entonces seremos nosotros, quienes a base de protestas privadas o públicas, exigiremos que nadie utilice los términos Baja Sur para identificar nuestra entidad.

Aún es tiempo de remediarlo. De lo contrario dentro de poco, como ya lo dijo un periodista nativo, en vez de llamarnos californianos nos dirán "bajeños o sureños" Y adiós nuestra identidad.

La región de Los Cabos merece que se respeten sus raíces históricas. En los años de 1847 y 1848, sus habitantes hicieron un frente común para enfrentar a los invasores gringos. Héroes como Manuel Mijares, Mauricio Castro, Ildefonso Green, ofrecieron lo mejor de sí mismos, incluso su vida, con tal de librar a nuestra tierra del dominio extranjero. Y claro, defendiendo siempre a su querida Baja California.

Hoy son otros los invasores. Pero no lo hacen con las armas sino con el poder del dinero. Y poco a poco se han estado apoderando de lo mejor de nuestras costas con el señuelo de que al construir grandes desarrollos turísticos contribuyen a la economía de la región. Y es que nuestros vecinos no dan paso sin huarache. Como la humedad se van infiltrando, aprovechándose de la ingenuidad y el *importamadrismo* de las autoridades que no ven lo que pasa ante sus ojos.

Y es aquí donde la participación de los maestros resulta de vital importancia. Ellos tienen la responsabilidad de salvaguardar los valores del pueblo sudcaliforniano a través de su ejemplo. Sus alumnos deben conocer las raíces de nuestra nacionalidad y de cómo, a través de varios siglos, esta región de nuestro país comenzó a llamarse California.

Bien hará Mario Alberto Marroquín en conocer los poemas de distinguidos sudcalifornianos como Filemón C. Piñeda, José Alberto Peláez Trasviña, José María Garma. Y que en próximos concursos de declamación le podamos escuchar "Calafia" de Fernando Jordán.

La Casa del Estudiante en México

Hace unos días un amigo me preguntó si sabía desde cuando se estableció la Casa del Estudiante en la Ciudad de México. Le contesté que el profesor Jesús Castro Agúndez escribió un folleto en el año de 1970 en el que explica el origen de la primera casa que albergó a los estudiantes originarios de nuestra entidad.

El 18 de noviembre de 1920 un grupo de jóvenes salieron de la ciudad de La Paz rumbo a la capital de la república a fin de realizar sus estudios en las diversas instituciones educativas de la Ciudad de México. Fue un compromiso del gobernador Agustín Arriola Martínez cuando hacía su campaña electoral.

Los integrantes de ese grupo fueron once –ver mi libro *Tres hombres ilustres de Sudcalifornia* (2008) donde hablo de la vida y la obra de Arriola– procedentes de La Paz, El Triunfo y San José del Cabo. Al llegar a la capital encontraron alojamiento en el pueblo de Mixcoac en la casa con el número 47 de la calle Zaragoza. Con ellos vivió el profesor Arturo Oropeza quien iba al frente del grupo, su esposa Jovita Meza y su hija América.

Primera Casa del Estudiante en la Ciudad de México

A principios de 1922, ocuparon la segunda casa localizada en la calle Violeta número 73, de la colonia Guerrero. Era más amplia pues ya habían llegado otro grupo de jóvenes y con ellos el profesor Domingo Carballo Félix que sustituyó a Oropeza en la dirección de la casa. Por cierto, la renta de la casa era de 250 pesos mensuales y la beca para los estudiantes era de 75 pesos.

Cuando en 1924 el gobierno del territorio pasó por una difícil situación económica, se vio obligado a buscar una casa más barata y fue por eso que se cambiaron a la calle Héroes de la misma colonia Guerrero. Y como los problemas financieros continuaron ocuparon otra casa en la calle Valenzuela y posteriormente en la calle Regina.

Naturalmente estos cambios originaron molestias entre los estudiantes, quienes culpaban a los administradores de la casa de esa situación. Total, el caso se agravó de tal forma que el gobernador Agustín Olachea Avilés la clausuró en 1946 y a partir de ese año se otorgaron becas a los alumnos que desearan estudiar en la capital.

Pero como la casa del estudiante era una necesidad, algunos de ellos rentaron un local primero, en Ajusco 7 de la colonia Roma, después en la calle Sur 74 de la colonia Viaducto Piedad y por último en la calzada Santa Anita, de la misma colonia.

Así pasó el tiempo. En 1965, el gobernador Hugo Cervantes del Río apoyó la apertura de una nueva casa que se localizó en la calle Yácatas 169, de la colonia Narvarte. Al mismo tiempo se proyectó la compra de una casa que tendría un costo de 800 mil pesos, capaz de albergar a 70 estudiantes.

Tengo entendido, a reserva de confirmarlo, que el ingeniero Félix Agramont Cota, gobernador en los años de 1970 a 1975, adquirió una casa en la calle Cádiz 49, de la colonia Álamos. Allí estuvieron muchos jóvenes sudcalifornianos los que, convertidos en profesionistas, han contribuido a elevar los niveles de vida de esta entidad.

Por lo demás, la existencia de la Casa del Estudiante Sudcaliforniano en la Ciudad de México forma parte ya del imaginario colectivo de nuestro pueblo, como lo son los albergues escolares establecidos hace más de sesenta años en nuestro estado. En su momento, no sé si en la actualidad, vinieron a resolver un problema relacionado con la educación de niños y jóvenes.

Tengo entendido que la casa del estudiante se sostiene económicamente a través de un Patronato y que éste como tal, procura los recursos para las becas de los jóvenes y su estancia en la Ciudad de México. Es por eso de la rifa anual que lleva a cabo y a la cual todos debemos participar, ya que de ello depende la existencia de ese albergue fundado en el año de 1920.

Presentar libros, un dilema

Al menos en mi caso. Tengo por costumbre, cuando leo el libro que voy a presentar, enterarme muy bien de su contenido y relacionarlo con otros anteriormente escritos que tienen ciertas semejanzas con los temas que tratan. Y esto, por supuesto, me hace meterme en honduras y dedicarle más tiempo a preparar lo que voy a decir en la presentación.

Esto es lo que me pasó cuando me invitaron a comentar el volumen de las obras del doctor Celestino Núñez Mata en un evento a efectuarse el 13 del presente mes de octubre en la Alianza Francesa. Oportunamente tuve en mis manos un ejemplar de esa obra, obsequiada por el autor y créanme, su contenido me pareció muy interesante.

De momento pensé en la corriente literaria originada en el siglo pasado conocida como realismo mágico, atribuida a escritores como Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Juan Rulfo y otros de origen latinoamericano. Si, y también a otros que siendo doctores, incursionaron en las letras para solazar-

nos con sus novelas y cuentos, como Somerset Mahugam, Axel Munthe y Archibald J. Cronin.

Y recordé que hace dos meses asistimos a la presentación del libro del doctor Alejandro Gallo Castro titulado *Más allá del mar y otros cuentos* en donde los presentadores hicieron mención de los médicos sudcalifornianos que han combinado su profesión con el gusto por la literatura, entre ellos Alejandro Magallón Cosío y Francisco Javier Carballo.

Para convencerme de que el doctor Celestino efectivamente echó mano del realismo mágico consulté –releí mejor dicho– los libros *Cien años de soledad* de García Márquez, *Pedro Páramo* de Rulfo y *El reino de este mundo* de Carpentier. Como dice el dicho los desempolvé y pasé horas agradables leyéndolos. Pero no fue todo.

Me acordé que Axel Munthe tiene una novela –muchos dicen que es una autobiografía– que describe su vida y los años que pasó en un castillo construido por él en un monte cercano a la isla de Capri. Al leerlo comprendí un poco más de las vivencias que animan a esta clase de escritores, sobre todo porque Munthe era psiquiatra.

Pero cuando perdí verdaderamente el tiempo fue cuando leí el relato del doctor Núñez Mata al que llamó *Sinfonía de amor para Adán y Eva*, porque resulta que ahí narra su noviazgo con una novicia y su posterior matrimonio no sin antes pasar por etapas de incertidumbre, desesperación y resignación al no lograr sus propósitos. Una novicia –me dije– y recordé de inmediato al escritor José Zorrilla con su Juan Tenorio, al mismo Munthel y a nuestro paisano Omar Castro con su libro *La cicuta, el veneno de la pasión*.

Desde luego, volví a recrearme con el famoso galán y su apuesta para robarse una novicia lo que logra esa misma noche.

Ante el azoro de doña Inés, don Juan le declama el verso inmortal que ha llegado hasta nosotros: "Inés del alma mía, no es verdad que en esta apartada orilla más bella la luna brilla y se respira mejor. No es verdad ángel de amor..."

Y me quedaba pendiente leer el libro de Omar Castro, porque no lo tenía en mi modesta biblioteca. Así que le pedí me lo hiciera llegar. Hasta eso que fue muy atento y al día siguiente me lo obsequió debidamente dedicado. Parte del libro trata de un seminarista enamorado de una novicia y las estratagemas de que se vale para conquistarla. Y no digo más porque para enterarse de estos amores hay que adquirir un ejemplar. Publicidad aparte.

Ya faltan dos días para la presentación y tengo que escribir algo sobre ella. Lo haré con gusto dado que los textos del doctor Celestino van más allá de lo meramente regional, trascienden a lo universal.

Luz Davis y el ciclón Liza

En el año de 2009, el 30 de septiembre, el periodista Fernando Amaya Guerrero publicó en *El Sudcaliforniano* la entrevista que le hizo a la señora Luz Davis de Mendoza, esposa del ex gobernador Ángel César Mendoza Arámburo. Fue con motivo del ciclón Liza que devastó nuestra ciudad en ese día, pero de 1976.

Al frente del DIF estatal le tocó afrontar el difícil problema de atender a las familias afectadas por el ciclón que a causa del meteoro perdieron sus casas, pertenencias y parte de sus seres queridos. Con un equipo de voluntarias, se dedicó a la distribución de víveres a las personas desamparadas, muchas de ellas refugiadas en albergues improvisados.

Fue una tarea agotadora pero necesaria que duró muchas semanas. Gracias a la ayuda del DIF nacional, de la cooperación de algunos estados de la república y sobre todo, de la señora María Esther Zuno, esposa del presidente Luis Echeverría. Con la participación solidaria del Ejército y de la Marina atendieron la alimentación de centenares de damnificados.

Cuando fue necesaria la reinstalación de las familias en un nuevo asentamiento –la actual colonia 8 de octubre– Luz y su equipo de voluntarias les llevaron día tras días las provisiones necesarias para su mantenimiento, así como ropa y atención médica. En tanto, siguieron con la distribución de despensas en las zonas más afectadas por el ciclón.

En cuanto a la colaboración desinteresada de muchas personas, la entrevistada cuenta la anécdota de una brigada con 15 camionetas que llegaron a la entidad con el fin de iniciar una campaña contra la garrapata. Al enterarse de la tragedia, pusieron a su disposición los vehículos y el personal. Y así, con la ayuda de todos, lograron solucionar en parte los graves daños ocasionados en las familias que vivían en esa zona de la ciudad, arrasada por el ciclón Liza.

Fueron muchos los hechos dramáticos que se vivieron en esos días. Doña Luz recuerda el caso de un niño de escasos cuatro años que le llevaron al DIF, supuestamente sobreviviente al que no reclamaron. Cuando lo estaban atendiendo, llegaron con otra niña un poco mayor en las mismas condiciones. Pero, al verla, el primero corrió a abrazarla llamándola por su nombre: ¡Susanita, Susanita! –era su hermana.

Con la tragedia, se creyó que muchos niños habían quedado huérfanos, pero no fue así. Ante esa creencia varias familias ofrecieron adoptar algunos de ellos. Tal fue el caso de una señora de Loreto –prima de doña Luz– quien solicitó la adopción de los dos niños. Y en eso estaban cuando apareció el padre quien no sufrió daño porque pernoctó en otra casa del centro de la ciudad. Total, se hizo cargo de ellos ya que su mamá había fallecido.

Han pasado muchos años y doña Luz todavía recuerda a esos pequeñitos, de su desamparo y tristeza. ¿Qué fue de

ellos?–se pregunta. Quizá si se hubieran quedado con su pariente, ahora fueran dos hijos, con todas las comodidades de una excelente familia. Pero así son las cosas.

Doña Luz Davis de Mendoza

Escribe Amaya Guerrero que doña Luz le confesó atribulada. "El día 29 de septiembre anduve de gira por varias colonias de esa zona, con un grupo de señoras. Hubo mucha gente a la que atendimos, con la que platicamos y disfrutamos. ¡El día treinta, NADA!

En efecto, nada quedó. La avalancha de agua proveniente del represo que se rompió, arrasó con las casas que se encontraban en el lecho del arroyo y en sus orillas, junto con sus habitantes. La parte oficial dijo que fueron 600 las personas fallecidas, entre ellas muchos niños, pero siempre se ha creído que fueron miles los que perecieron ese día.

Fue una tragedia que jamás se olvidará. Como la participación de la población de La Paz que se solidarizó en esos días de angustia y sufrimiento. Por eso, recuerdos como el de la señora Luz Davis, deben permitir que la historia no se repita.

Rafael López Green, el cronista

A Rafael lo conocí cuando era cronista del municipio de Los Cabos, allá por el año de 2002 cuando era presidente del Ayuntamiento el contador Ulises Omar Ceseña Montaño. Desde entonces mantuvimos una cercana amistad por el hecho de que yo también tenía el mismo cargo, pero del municipio de La Paz.

Fue en esa época cuando hicimos el intento de organizar la asociación de cronistas del Estado de Baja California Sur por lo que convocamos a reuniones en Loreto, La Paz y Los Cabos, siempre contando con el apoyo de las autoridades municipales. A esas reuniones de consulta y planeación de actividades asistimos el licenciado José Andrés Cota Sandoval, de Mulegé; el doctor, Estanislao Collins Cota, de Loreto; Alejandro Atamoros Domínguez, de Comondú, Sergio Morales Polo, cronista del estado; Rafael López Green, de Los Cabos y el que escribe, por La Paz.

Por angas o por mangas, lo cierto es que la asociación nunca pudo tener carácter legal, aunque ya se contaba con un proyecto de estatutos aprobado por los cronistas en ejercicio. En él

mismo se establecía que se formarían los Consejos de la Crónica en cada uno de los municipios y que se harían las gestiones para que la crónica, como parte importante de los ayuntamientos, fuera una más de las dependencias en el organigrama oficial, para lo cual era menester que los Cabildos emitieran los acuerdos correspondientes.

Rafael fue uno de los más entusiasmados y fue por eso que en dos ocasiones estuvimos en San José del Cabo, donde recibimos las atenciones de las autoridades que nos proporcionaron alimentación y hospedaje por dos días. En esas reuniones Rafael nos hablaba de las crónicas que semanalmente escribía y se publicaban en un periódico de la localidad.

Esas crónicas se referían a la vida y la obra de personajes cabeños como Fernando I. Cota Sández que fue diputado constituyente; de la maestra Concepción Olachea Montejano; del comerciante Valerio González Canseco; del héroe Mauricio Castro Cota...

Escribía también sobre las costumbres de los habitantes de esa región, de su anecdotario, de los grupos musicales como

Cronistas de Baja California Sur. Al centro Rafael López Green, cronista de Los Cabos.

Los Pérez, de los trapiches y de la calle ancha. Tuvo tiempo también para escribir crónicas relacionadas con la historia sudcaliforniana, en especial de las misiones jesuitas.

Unos meses antes de su fallecimiento, había reunido la mayor parte de sus crónicas –cerca de 150– con el fin de publicarlas en un libro que supuestamente iba a editar el Ayuntamiento. Confiado en mi amistad me envió una fotocopia de ellas a fin de que las revisara y le diera mi opinión sobre su importancia. Desde luego lo felicité por su excelente trabajo y quedé en espera de la publicación de la obra.

Su muerte prematura lo impidió. Pero queda para siempre su interés por las cosas de su tierra; de su gran esfuerzo por dar a conocer la historia y las tradiciones de esa región; de servir de ejemplo para todos aquellos que deseen convertirse en cronistas, con toda la responsabilidad que ello conlleva.

Ahora que un nuevo Ayuntamiento está a cargo del municipio de Los Cabos y existe mucho interés por la cultura y las artes, quizá sea posible publicar las crónicas de Rafael López Green y que ese libro pueda ser distribuido en todo el estado. Será un póstumo homenaje para un distinguido sudcaliforniano.

El malecón de La Paz

¿Qué tanto sabes de la historia de nuestro malecón? Me preguntó hace días un amigo. Tenía interés por el anuncio de las autoridades de que próximamente lo volverían a remodelar. Y si se podía conocer el proyecto y el costo del mismo.

El paseo Álvaro Obregón en 1950

Le contesté que en mi libro *Calles y monumentos de la ciudad de La Paz* publicado en el año de 2001 estaba una crónica sobre el malecón y el paseo Álvaro Obregón. Y como el libro ya no se conseguía que abriera mi blog y ahí lo encontraría. ¿Y cómo abro tu blog? Bueno...

Según referencias históricas el malecón se construyó durante el gobierno de Carlos M. Esquerro y fue inaugurado el 16 de septiembre de 1926. Era un muro de piedra de un poco más de un kilómetro de longitud suficiente para impedir el acceso del mar a la zona habitada.

Pero nunca se pensó en las corrientes de agua que bajaban de la sierra cuando llovía y que se encauzaban por los arroyos que atravesaban la ciudad. Fue por eso que durante un copioso aguacero, las corrientes destrozaron parte del malecón y hubo que reconstruirlo. Al siguiente gobernador, general Amado Aguirre le tocó la tarea conveniente de reforzar el muro con varillas y cemento, además de colocar alcantarillas con su desfogue al mar.

Pero no fue todo. A todo lo largo del malecón se colocaron arbotantes de cemento armado con alma de tubo de seis pulgadas y en la parte superior focos de 200 bujías que iluminaron, no solamente la orilla de la playa sino también las calles aledañas. Debió haber quedado muy bien la remodelación del malecón ya que el gobernante se jactó de que era uno de los mejores del país.

Debió haber sido cierto porque los siguientes gobernadores hasta el mandato del general Agustín Olachea Avilés, nomás le dieron una manita de gato. En 1957, después que Olachea le puso mano al malecón, un observador dijo: "El malecón que circunda las playas en torno a la bahía es el mejor de la costa del Pacífico; tiene una dimensión de cuatro kilómetros y

está sombreado con palmas reales. Su alumbrado es modernísimo, de luz mercurial, con arbotantes metálicos contribuyen al ornato y belleza del paseo".

De 1975 en adelante, el malecón y el paseo Álvaro Obregón fueron motivo de atenciones. Se colocó concreto hidráulico a todo lo largo de la avenida, se sustituyó el alumbrado, el kiosco volvió a construirse y se reforestaron varios tramos del malecón, se ganó terreno al mar para crear una playa artificial frente al hotel "Perla" en fin, de una u otra manera tanto el gobierno estatal como el municipal, siempre se han preocupado por mantener en óptimas condiciones nuestro paseo y el malecón.

Durante el gobierno del licenciado Ángel César Mendoza Arámburo se tuvo la idea de hacer de dos carriles el paseo, pero por falta de recursos no fue posible. Su sucesor Alberto Alvarado pretendió lo mismo, aunque se conformó con el tramo que va del Molinito al Coromuel.

Ahora que el gobierno y la iniciativa privada renuevan su interés por el malecón, independientemente de lo que se pretenda con la remodelación, no debe perderse de vista que el proyecto debe relacionarse con el espacio que ocupa el Centro Histórico de la ciudad lo que, si en verdad se tienen esos nobles propósitos, deben procurar matar dos pájaros de una pedrada. ¿O no lo ves así, Tito Piñeda?

El pabellón y el X Encuentro de Escritores

En varias ocasiones había transitado por el bulevard Paseo de la Marina de Cabo San Lucas y contemplado el majestuoso edificio del Pabellón Cultural de la República, pero no había tenido la oportunidad de conocer su interior. Fue con motivo de la realización del X Encuentro de Escritores Sudcalifornianos que tuve la oportunidad de visitarlo dado que ahí se llevó a cabo la primera reunión de esa Asociación.

Fue el día 25 del presente mes de agosto, cuando un numeroso grupo de escritores llegaron a ese recinto, para intercambiar experiencias sobre una de las artes que más contribuye a la cultura de esta región del país. En el programa participaron escritores de prestigio como Gilberto Ibarra Rivera, Raúl Antonio Cota, Leticia Garriga, Víctor Ramos Pocoroba y Francisco López Gutiérrez.

Y también jóvenes escritores que se van abriendo camino en el arte de la creación literaria como Gustavo de la Peña Avilés, Marcos de Jesús Roldán, Karla Karina Sotelo, Alba Monroy

y otros más. Se contó además con la presencia de dos escritores invitados de estados vecinos, Juan Manz y Julio Gutiérrez Galaviz.

El X Encuentro estuvo dedicado a Rafaela Vizcaíno Soto, escritora radicada en Ciudad Constitución, del Valle de Santo Domingo. Es autora de un hermoso libro al que tituló *Con fragilidad de cacto* en el que incluye datos autobiográficos, relatos de su estancia en el valle y poemas a los que llama Cantos de Rebeldía.

Rafaela Vizcaíno, escritora.

Escritora un tanto ignorada tal vez por su modestia o la indiferencia de los encargados de la difusión de la cultura en ese municipio, lo cierto es que la Asociación de Escritores tomó el acuerdo hace dos años de que Rafaela merecía un homenaje por su entrega y pasión por la literatura. Y el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, a través de la coordinación de fomento editorial le publicó su libro en el año de 2014.

Y hoy, durante los días 25 y 26 de agosto, ante su presencia –es una mujer de 85 años– recibió el homenaje de los más de cuarenta escritores reunidos en ese importante evento cultural y claro, con el reconocimiento de las autoridades culturales del estado y de los municipios de Comondú y Los Cabos.

Edith Villavicencio Garaizar, la editora y biógrafa de Rafaela, por cierto en un estilo ameno y atrayente, dice que ella y

su esposo Guillermo Orendain llegaron al valle de Santo Domingo en los primeros años de la década de los cincuenta del siglo pasado –1952– y por tanto la considera como fundadora de esa región. Pero al igual que ella y tres años anteriores, llegaron otras mujeres acompañadas de sus familias y se asentaron en diversas colonia agrícolas que la historia conoce como Nueva California, Jalisco Álvarez, Las Delicias, Teotlán y otras más.

Recordar a esas pioneras a estas alturas es difícil. Pero mencionamos las que llegaron en 1949, doña María, esposa de Felipe Carrillo y Luisa Bravo "la abuelita", de la Nueva California. De doña María González, esposa de don Salvador González, del poblado Sebastián Allende; y también de las señoras Damiana y Antonia, esposas de colonos del mismo lugar, familias que llegaron en 1950. Y mencionar también a doña Dolores Rico, de la colonia Álvarez, esposa de don Félix Álvarez quienes arribaron en 1951.

Todas, al igual que los hombres, merecen un reconocimiento por su valor ante la adversidad y lograr un mejor medio de vida. Ellas no se olvidan, como la homenajeada Rafaela Vizcaíno, la cantora del Valle de Santo Domingo.

José María Lafragua y los archivos en México

¿Saben ustedes quien fue José María Lafragua? Así comenzó su intervención la doctora en historia Mercedes de Vega Armijo, directora general del Archivo General de la Nación, en la inauguración del Séptimo encuentro estatal de Archivos, el jueves 14 del presente mes de julio.

Organizado por la maestra Elizabeth Acosta Mendía, directora del Archivo Histórico "Pablo L. Martínez", el evento cultural contó con la presencia de representantes de las diversas dependencias del gobierno del estado y del XV Ayuntamiento de La Paz.

Me llamó la atención la manera un tanto desparpajada de la doctora al exponer la importancia de los archivos como receptores de la memoria histórica de nuestro país. Sin alardes de erudición y utilizando el recurso socrático de preguntas y respuestas, logró el interés de los presentes y algunos de ellos emitieron sus opiniones con toda libertad.

José María Lafragua

José María Lafragua, dijo, fue un funcionario importante en los años de 1846 a 1872. Ministro de Relaciones Exteriores en dos ocasiones y director de la Biblioteca Nacional. En 1846 se expidió el Reglamento del Archivo General de la Nación mismo que había sido creado en el año de 1823. Fue necesario porque desde ese año muchos documentos valiosos fueron destruidos o tirados a la basura.

Y aquí, como quien dice, abrió una llaga en la historia sudcaliforniana porque, en efecto, innumerables documentos generados a partir de 1697, cuando los misioneros jesuitas llegaron a California y posteriormente en toda la época de la independencia, desaparecieron sin que alguna autoridad los protegiera.

Muchos de esos valiosos documentos se encuentran en bibliotecas extranjeras como la Bancroft, en San Francisco, Estados Unidos; en el Archivo de Indias de Sevilla, España y naturalmente en el Archivo General de la Nación de la Ciudad de México, la Biblioteca Nacional y el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Pero siempre hubo preocupación por conservar nuestra memoria histórica. En 1857, Ulises Urbano Lassepas hizo un llamado al gobierno local para conservar los documentos, ya que los encargados de ellos los tenían en completo desorden por lo que propiciaban su pérdida. Y citaba el caso del filibustero

William Walker cuando se apoderó por sorpresa de La Paz en 1853 y utilizó los legajos de las oficinas para hacer cartuchos.

Y de milagro se salvaron los restantes, pues cuando Walker huyó de la ciudad los llevó hasta Ensenada. Pero como también hizo prisionero al jefe político Rafael Espinoza, éste logró escapar en el mismo barco y regresar a La Paz junto con las cajas de documentos.

Las preocupaciones de Ulises fueron causa de que en 1886, el presidente municipal de La Paz, don Antonio Canalizo, emitiera un acuerdo para que los funcionarios del Ayuntamiento organizaran debidamente los documentos generados en sus dependencias, incluso dio instrucciones para su correcto resguardo. Lo curioso de esas disposiciones es que muchas de ellas se siguen respetando en la administración de documentos de los tiempos actuales.

La doctora de la Vega recalcó la importancia de los archivos, ya que estos constituyen la memoria del gobierno y permiten hacer más eficiente la gestión gubernamental. Y más ahora cuando la Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública dispone que toda la información que poseen los archivos deberá ser pública y accesible a cualquier persona.

Por lo pronto y gracias al encuentro estatal de archivos, los asistentes tendrán una visión más clara del porqué es importante resguardar los documentos generados en sus dependencias.

El mundo de los gigantes

El libro se llama *Codex* y su autor es el arquitecto Santiago Martínez Concha, de nacionalidad colombiana. En él hace referencia a los Nefilim, una raza de gigantes que dejaron sus huellas en todos los continentes y que eran seres poderosos los cuales, gracias a su naturaleza y origen divino, realizaron hazañas no comprendidas aún por los humanos de esta época.

El escritor relaciona a los gigantes con el descubrimiento de la Atlántida, el mundo antediluviano y su relación con el planeta Marte. Con citas históricas relacionadas con la Biblia y apoyado en fuentes científicas, recrea la existencia de los Atlantes y de su desaparición como castigo divino. En un libro anterior titulado *La conexión Atlante* hace referencia a este continente y las causas que motivaron su desaparición.

Respecto a los gigantes fundamenta su existencia en el génesis 6 de la Biblia donde se lee que: "había gigantes en la tierra en esos días y también después que entraron los hijos de Dios a las hijas de los hombres..." Pero esos seres nacidos de las fuentes

divinas y mortales realizaron malas acciones que obligaron al creador a desaparecerlos mediante el diluvio universal.

Y las huellas de esos gigantes –dice el autor– se encuentran dispersos en todos los continentes, incluyendo al americano. En su investigación relata que dos científicos encontraron en la región de Santa Elena, en el Ecuador, restos fosilizados de un hombre que vivió hace más de cien millones de años. Tan sólo un enorme fémur daba la idea de que vivieron gigantes en esa región los cuales, según la tradición, habían llegado de Asia por mar en embarcaciones de gran tamaño.

El libro de Martínez Concha me hizo recordar el viaje alrededor del mundo de Fernando de Magallanes en el año de 1519. Al sur del continente americano a la altura del río de La Plata, cuando arribaron a una bahía, encontraron a un nativo tan alto que un hombre común le llegaba a la cintura. Lo embarcaron para llevarlo a España, pero se les murió en el camino.

Por otro lado, en Baja California Sur existe un sitio de pinturas rupestres en la sierra de San Borjitas, cerca del pueblo de Mulegé, donde algunas de ellas están a una altura de

cinco metros, lo que motivó que el padre jesuita Joseph Rothea cuando las descubrió dijera "a la verdad las que vi me convencen; porque tantas en tanta altura, sin andamios ni otros instrumentos aptos para el efecto, sólo hombres gigantes las pueden haber pintado".

Y según los antiguos habitantes de la península –los cochimíes principalmente– afirmaban que "los gigantes eran tan grandes, que cuando pintaban el cielo raso de la cueva, estaban tendidos de espaldas en el suelo de ella, y que aun así alcanzaban a pintar lo más alto". Rothea es el mismo misionero que escuchó de labios de un indio como de treinta años de edad, que cuando era niño, junto con otro, encontraron en el monte un esqueleto de hombre muy grande. Cuando el padre visitó el lugar sólo encontró fragmentos del cráneo y costillas, pero recuperó "una canilla del cuadril", por lo que midiendo el lugar donde se encontraba el esqueleto, calculó que debía tener de tres a cuatro metros de largo.

Ahora, con estos dos libros de Santiago Martínez se ponen en tela de juicio muchas de las teorías sobre el origen del hombre y también muchas verdades ocultas que la ciencia no logra comprender. Hace algún tiempo un amigo me mostró una fotografía propiedad de la Nasa en la que aparece un astronauta al lado de un esqueleto humano de no menos de diez metros de estatura. Ignoramos el lugar donde fue tomada, pero afirma la creencia de que, en efecto, hace millones de años existieron gigantes en la tierra que hacían compañía a los dinosaurios.

Vale la pena leer los dos libros de Martínez Concha porque, como él dice, a lo mejor tiene razón la Biblia cuando habla de ellos.

Los personajes de la historia

"Ningún hombre vive en vano". Esta sentencia atribuida a Tomás Carlyle viene al caso, porque el estimado amigo Armando Trasviña Taylor me prestó un libro escrito por Enrique Krauze titulado *Caras de la historia*, en que incluye personajes de la vida nacional, que en los diferentes momentos se distinguieron realizando acciones positivas a favor de nuestro país.

"Hermana menor de la historia y la novela –dice en el prólogo– la biografía participa de ambas: con método científico, debe apegarse a la verdad comprobable, pero puede y debe volar, con imaginación literaria, para dar vida a los hechos humanos, para recrear su sentido humano..."

Según Krauze cada individuo es un jeroglífico, pero ese jeroglífico que parece indescifrable la biografía puede iluminarlo. Y con esa consideración, recrea las figuras en los mundos de la filosofía, la historia, la educación y las letras. Desfilan por su libro Antonio Caso, Alfonso Reyes, Justo Sierra, José Vasconcelos,

Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, Octavio Paz y una veintena más de mexicanos distinguidos.

Y me he referido a este prolífico escritor, porque justifica mi interés por dar a conocer a través de semblanzas biográficas a las mujeres y los hombres bajacalifornianos que han descollado en el desarrollo social de esta parte del país. No sé hasta dónde Krauze se aparte de la llamada historia de las mentalidades, que da más importancia a los hechos en sí que las personas que han intervenido en ellos.

Al respecto, en 1982 adquirí los dos tomos del libro *Genios y figuras* editado por Selecciones del Readers Digest en los que se incluyen personajes de trascendencia mundial. Lo interesante de su contenido es que sus biografías están descritas al modo como lo hace Krauze, es decir, tratan de comprender el porqué de la actuación de ellos en la época que les tocó vivir.

Por ejemplo, cuando hace referencia a Simón Bolívar, empieza así:

> Para millones de americanos, más de un siglo y medio después de su muerte, sigue siendo casi un dios. Más que ninguna otra figura de la historia de América del Sur, el Libertador existe en la conciencia de su pueblo como un ser vivo. En los poblados remotos de los Andes, en las selvas más profundas, alrededor de hogueras en las vastas llanuras, los campesinos, las gente sencilla repite sus palabras como si hubieran sido pronunciadas ayer…

A semejanza así, escribe Enrique Krauze de José Vasconcelos: "No la sombra sino la luz de un caudillo iluminó la primera mitad del siglo XIX y sigue inspirando, a través de mediaciones sutiles, la vida de México". –Es el mexicano mayor del siglo XX– me dijo muchas veces Octavio Paz...

Enrique Krauze, historiador mexicano.

En efecto, Vasconcelos es considerado como el hombre que dio un gran impulso a la educación mexicana en los años de 1920 a 1924. Un empeño y una entrega que aún hoy, después de 97 años, lo toman como un ejemplo a seguir, por los extraordinarios resultados que obtuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública.

La semana anterior escribí un artículo en el que hacía referencia a los héroes de Baja California Sur. Y dije que hace falta conocer más su vida y su obra con el fin de afirmar nuestras raíces históricas ahora un tanto olvidadas. Y que al margen de los atractivos turísticos que ofrecemos a los visitantes, es necesario y urgente ofrecer las muestras de nuestro pasado en las figuras de las mujeres y los hombres que han enaltecido a nuestra entidad. Y para el caso, que la calzada Forjadores de Sudcalifornia se engalanara con los monumentos y placas conmemorativas de nuestros héroes.

Y claro, que historiadores y cronistas se avoquen a escribir sus biografías tomando como guía el método seguido por Enrique Krauze. De esta forma serán comprendidas por los niños

y los jóvenes y aun los adultos, por la forma amena en que se narrarán los hechos de su vida.

No estaría de más, que el Instituto Sudcaliforniano de Cultura y las instituciones educativas contribuyeran para que esas biografías tuvieran la divulgación necesaria. Ojalá y pronto lo veamos.

Los héroes y la Calzada Forjadores

Bien por la iniciativa de la Asociación de Escritores Sudcalifornianos que encabeza Francisco López Gutiérrez, en el sentido de promover la instalación de monumentos o placas conmemorativas a todo lo largo de la calzada Forjadores de Sudcalifornia, una de las principales de la ciudad de La Paz.

Desde que se construyó, allá por la década de los ochenta del siglo pasado –al menos cuando se le puso ese nombre– la intención fue colocar monumentos o, en su caso, recordar de manera subliminal a las mujeres y los hombres que se distinguieron en la forja de esta tierra bajacaliforniana.

Pero los años han pasado y ni el gobierno estatal ni el municipal han tomado la decisión de hacer realidad esas intenciones, aunque voces autorizadas de la sociedad civil han pugnado porque se cumplan esos propósitos. A la fecha, solamente un busto pequeño del general Félix Ortega Aguilar se levantó al inicio de la calzada. Y de eso hace ya varios años.

Por cierto, en una legislatura pasada, un diputado inició las gestiones para la colocación de monumentos en esa rúa –fue el doctor Martínez Mora– quien solicitó la cooperación de la iniciativa privada entre ella: los sindicatos, los clubes de servicio, los colegios de profesionistas y, desde luego, también al gobierno del estado y el municipio de esta ciudad.

Pero su periodo legislativo terminó y hasta ahí quedaron las cosas. Ahora vuelve nuevamente el proyecto y creemos que la intención de la Asociación de Escritores, además de ser muy loable, contará con la buena disposición de las autoridades culturales y de personas y grupos interesados en perpetuar y divulgar la memoria de los héroes del pasado y de los tiempos presentes.

Alguien me preguntó que si había suficientes héroes en nuestra tierra para cubrir toda la extensión de la calzada Forjadores de Sudcalifornia. Le afirmé la convicción de que se podía seleccionar treinta o cuarenta mujeres y hombres con méritos suficientes, entre ellos los patriotas de la defensa de nuestra soberanía en la guerra contra los Estados Unidos en los años de 1847 y 1848. Por ejemplo Manuel Pineda, Jesús Avilés, Vicente Mejía, José Antonio Mijares, Mauricio Castro y los padres Vicente Sotomayor y Gabriel González.

En la segunda mitad del siglo pasado tenemos a Manuel Márquez de León, Clodomiro Cota, Ildefonso Green y Claudio Zapata. Y en la época de la revolución a Félix Ortega, Martiniano Núñez, Nicolás Tolentino Antuna, Francisco Arballo Macklis, Dionisia Villarino, Manuel F. Montoya, Isidro Angulo, Pedro Altamirano Espinoza y Hilario Pérez.

Y de la sociedad civil, maestros, escritores, historiadores, doctores, ingenieros. Cómo no rendirles honores a Francisco Cota Moreno, Filemón C. Piñeda y su hijo César, Fortunato

Moreno, José Alberto Peláez, Néstor Agúndez, Pablo L. Martínez, Manuel Torre Iglesias, Raúl Carrillo, Enrique VonBorstel y párele de contar.

Lo cierto que hoy es una buena oportunidad para recordar y enaltecer a nuestros héroes. Ahora que nuestra aldea se ve amenazada por la transculturación venida de otros países, pero especialmente de los Estados Unidos. Ahora que es necesario despertar el sentimiento de pertenencia por nuestra tierra, esa que las generaciones pasadas de bajacalifornianos dejaron bajo nuestra custodia y que por ello no debemos dejar que extranjeros disfruten y se apoderen de ellas, con el pretexto del turismo y la globalización.

Estamos prestos para apoyar la iniciativa de los escritores sudcalifornianos. No en vano hay en ellos historiadores de gran valía como Gilberto Ibarra Rivera y Eligio Moisés Coronado. Periodistas como Jesús Chávez Jiménez y "Boby" García; escritores como Estela Davis, Raúl Antonio Cota y Armando Trasviña. Todos ellos de prestigio bien ganado, cuyas opiniones deben tener el respaldo que se merecen.

Los apellidos como identidad

El diario *El País* de Madrid, España, publicó hace días un mapa de la república mexicana con los apellidos más frecuentes de cada estado. No dice de dónde sacó la información, pero por lo que respecta a Baja California Sur no deja de ser interesante.

De forma estadística los apellidos que más se repiten son García, con 23 782 menciones; González, con 20 574; Martínez, con 20 158; López, con 19 448; y así en orden descendente con Hernández, Castro, Sánchez, Rodríguez, Romero y Ramírez, este último con 11 746 menciones.

La lista hace pensar que los apellidos que más se repiten corresponden a personas que han llegado a la entidad en los últimos 65 años cuando el despegue de la agricultura en los valles de Los Planes y de Santo Domingo. Y después, con motivo de la conversión de territorio a Estado de la federación, sumado al desarrollo intensivo del turismo como fuente de desarrollo económico.

Y los censos de población dan razón de ello. En 1950 contábamos con 60 864 habitantes y ya en 1980 habíamos alcanzado los 215 139. Y 35 años después, en el 2010, fueron 637 026 los censados. Ahora en el 2017 de seguro la cantidad será mayor.

Es por eso la profusión de apellidos que antes de 1950 no figuraban en el registro local. Desde que se inició la colonización de nuestra península por los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos hace un poco más de trescientos años, los primeros apellidos que se conocieron correspondieron a los soldados, marinos y trabajadores que fueron llegando conforme se creaban los centros de población como Loreto, Mulegé, Comondú, La Paz, Todos Santos y San José del Cabo.

En su libro *Guía familiar de Baja California 1700-1900*, don Pablo L. Martínez anota los nombres y los apellidos de esa época. Ahí aparecen las familias de los Rodríguez, Márquez, Arce, Romero, Carrillo, Verdugo, Castro, Ceseña, Murillo, Salgado, Avilés, Meza y Angulo, entre otros. Posteriormente, debido al cruzamiento con extranjeros, perduraron los apellidos Pedrín, Gibert, Fiol, Green, Collins, Maclis, Davis, sobre todo en la parte sur de nuestra entidad.

Por supuesto, existen en la actualidad numerosas familias con estos apellidos aquí y en diferentes estados de nuestro país, y es notable el hecho de que, cuando uno de esos apellidos se nombra, de inmediato se relaciona con la Baja California. Así sucede en el estado de California, Estados Unidos, debido a la migración de familias bajacalifornianas al finalizar la guerra de 1846 a 1848 contra ese país vecino.

En La Paz y en Todos Santos se ha hecho costumbre la reunión de familias que llevan los apellidos de Verdugo y Salgado. De diferentes partes de la república y más del estado de Baja California asisten grupos familiares los que, además de la

convivencia, buscan por medio de la identidad, que sus nombres perduren como parte de la historia de esta región del país.

Y no es poca cosa que después de más de tres siglos, todavía los Márquez, los Romero, los Murillo o los Castro mantengan su descendencia con el orgullo legítimo que les da su prosapia. Y claro, mientras existan, perdurará el recuerdo de aquellas mujeres y hombres que con la audacia y la esperanza al frente, no dudaron en venir a esta tierra en busca de mejores oportunidades de vida.

Para los que buscamos, hurgando en el pasado, las justificaciones de nuestras raíces identitarias, debemos tener presente que los antiguos apellidos bajacalifornianos son los mejores escudos contra el olvido. Y que mientras existan, serán motivo de orgullo para todos los que lleven esos distintivos, que les da derecho a ser considerados sudcalifornianos legítimos. Y es así porque la historia lo justifica.

Los pinitos de un escritor

Hace muchos años atrás que lo conozco. Profesor de primaria por profesión, tuvo que retirarse del servicio por enfermedad. Y ahora ocupa parte de su tiempo en investigar y a escribir folletos de contenidos diversos.

Gabriel pasa seguido frente a mi casa y algunas veces se detiene a platicar conmigo. Me cuenta sobre sus trabajos escriturales y de pronto me sorprende al regalarme su último folleto engargolado y con una llamativa portada. Hasta eso que se da tiempo para incluir fotografías seleccionadas de Internet, lo que le da un atractivo especial a sus investigaciones.

Conservo varios de esos folletos que tienen diversos contenidos. Creo que uno de los primeros fue una monografía de la comunidad de San Francisco de la Sierra que fue publicada por la SEP. Y me parece que tiene otro del pueblo de Bahía Tortugas. Sus últimos trabajos están dedicados a las adivinanzas, a los refranes y dichos populares y que tituló "Datos y hechos muy interesantes".

Por algo se comienza. Muchos de los escritores así han empezado: escribiendo folletos que las más de las veces ellos costean. Llegará el tiempo, ojalá y sea pronto, que Martín Gabriel Márquez Villavicencio nos de la sorpresa de su primer libro. Y como le gusta investigar que sea dedicado a las maestras y maestros de nuestra tierra.

Por lo pronto, con la modestia que lo caracteriza, visita a sus amigos y les hace entrega de sus últimos trabajos. Ignoro cuantos ejemplares imprime, pero de lo que si estoy seguro es que lo hace de su propio peculio. Sé de buena fuente que ha buscado patrocinadores, pero por alguna razón no se han interesado en sus folletos. Y es que, por ejemplo, el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, el Archivo Histórico Pablo L. Martínez o la UABCS editan preferentemente libros.

Voy a referirme al folleto "Datos y hechos muy interesantes" porque el mismo me hace recordar un libro que alguien me regaló años atrás. Se llama *El libro de los Sucesos* del prestigiado escritor Isaac Asimov y en él dice el autor "Usted me conoce; una vez que pongo a rugir mis máquinas eléctricas de escribir en algo que agrada a mi corazón, no sé cuándo o cómo desconectarlas". Creo que así es Gabriel, se le va el tiempo dando forma y contenido a sus trabajos. Y como dijo en una ocasión el premio Nobel Iván Petróvich Pavlov, cuando le pidieron su opinión al respecto: "Aprende, compara, recopila los datos".

Gabriel me recuerda la época en que hice mis primeros trabajos como escritor. Comencé como él, escribiendo folletos: Sobre la vida y la obra de Benito Juárez, las semblanzas de varios sudcalifornianos ilustres, de una geografía del entonces Territorio de Baja California. Y de pronto mi primer libro, *Historia del Estado de Baja California Sur,* editado en el año de 1975.

Leyendo se aprende, no cabe duda. Por los años, quizás. De pronto se me acalambran –se me duermen dicen muchos– los brazos. Y por más que los agito la incomodidad permanece. Hasta que leyendo el folleto de Gabriel me encontré con el remedio. Resulta que ello se debe por la presión en el cuello. Por eso basta girar varias veces la cabeza y en cuestión de minutos el mal desaparece. Claro, espero comprobarlo.

Creo que Gabriel tiene la música por dentro. Goza cuando escribe y creo que lo hace cantando. De esa manera terminó su trabajo sobre las adivinanzas. De las muchas que existen seleccionó 240, algunas difíciles de contestar. A propósito, ese trabajo debería editarse por alguna institución para deleite de los niños.

Mientras tanto, ese escritor en ciernes, continúa con el fascinante pero a veces agotador intento de dar a conocer el fruto de sus investigaciones. Creo que lo va logrando poco a poco. Y en la medida en que sus lectores se multipliquen así renovará sus esfuerzos hasta culminar con una ambición de gran nobleza: ser reconocido como uno más de los escritores sudcalifornianos que han dado prestigio a esta tierra. Ojalá y tengamos oportunidad de presenciarlo. Ánimo, mi buen amigo Gabriel.

La fundación de San José del Cabo

En días pasados un amigo me preguntó si las fiestas de San José del Cabo en este mes de marzo eran con motivo de la fundación de ese pueblo sureño. Mi respuesta fue negativa pues lo que se conmemora es el día del santo San José que según el calendario es el 19 de marzo.

De hecho, no se sabe con exactitud la fecha de fundación de ese lugar, aunque se tiene conocimiento de que en 1822, el canónigo Agustín Fernández de San Vicente, emisario del emperador Agustín de Iturbide, estableció en la península tres ayuntamientos, San José del Cabo, San Antonio y Loreto. Pero en esos años San José ya era una comunidad a la que llegaban barcos mercantes y sus habitantes se dedicaban a la ganadería, la agricultura y, desde luego, al comercio.

San José del Cabo era un lugar adonde llegaban los galeones provenientes de Asia, en su ruta hacia el puerto de Acapulco. Era un descanso obligado debido a los tres a cinco meses de travesía. Allí se proveían de víveres frescos y del agua potable necesaria.

Lo más seguro es que la fundación de San José fue el 8 de abril de 1730, cuando los padres José Echeverría y Nicolás Tamaral establecieron la Misión de San José del Cabo y cerca del estero levantaron unas chozas rústicas a fin de dar inicio a sus labores de catequización.

Y es que en la mayoría de los pueblos cuyo origen se debe a las misiones que se levantaron en esos lugares, los festejos de fundación se efectúan los días en que llegaron los misioneros jesuitas a esas comunidades indígenas. Pueblos como Loreto, La Purísima, Santa Gertrudis, San Javier y otros, organizan sus conmemoraciones los días en que se fundaron esos centros religiosos.

No pasa así con la ciudad de La Paz, cuya fundación se celebra el 3 de mayo, dado que Hernán Cortés fundó el Puerto y Bahía de Santa Cruz –hoy La Paz– en el año de 1535. Y aunque después Sebastián Vizcaíno la rebautizó con el nombre que actualmente tiene y en 1720 los padres Juan de Ugarte, Jaime Bravo y Clemente Guillén establecieron la Misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, todavía se sigue considerando la fecha de la fundación de nuestra ciudad el 3 de mayo de 1535.

Es interesante la historia de la Misión de San José del Cabo. Fue de las últimas que fundaron los misioneros jesuitas y la que más problemas tuvo en su contacto con los indígenas pericúes, habitantes de esa región del sur de la península. No habían pasado dos años de la estancia del padre Tamaral en ese lugar, cuando tuvo lugar la sublevación de los indios que por sorpresa lo asesinaron junto con algunos de sus mozos y quemaron la iglesia.

También al padre Lorenzo Carranco de la misión de Santiago lo mataron junto con otros indios que lo ayudaban en los oficios. Se logró descubrir que fueron los cabecillas Boton y

Chicori los que incitaron a los pericúes a realizar esos castigos a los sacerdotes.

Su abominable acción fue motivada por la prohibición de vivir con varias mujeres a la vez y por la forma en que los obligaban a trabajar en la misión. Al menos esa fue la defensa que expusieron cuando hicieron prisioneros a los principales responsables de los asesinatos. Boton y Chicori fueron sentenciados a muerte, pero los daños que causaron a las misiones de San José del Cabo y Santiago impidieron por varios años que volvieran a la normalidad.

Coincidencias de la historia

El jueves pasado, en una conferencia que impartí en San José del Cabo, patrocinada por el Instituto de la Cultura y las Artes del Ayuntamiento de Los Cabos y la participación de la Fundación Domingo Burgoin, A.C., me referí a los misioneros jesuitas y su participación en la fundación de las misiones de La Paz, Todos Santos, Santiago y San José del Cabo, todas en la parte sur del estado.

En especial mencioné el tema de la fundación de la misión de San José del Cabo, el 8 de abril de 1730, por los padres José Echeverría y Nicolás Tamaral. Y, por supuesto, el sacrificio de los sacerdotes Tamaral y Lorenzo Carranco, este último encargado de la misión de Santiago de los Coras. Fue en el año de 1734 cuando perdieron la vida a manos de los indígenas pericús.

Casi al término de la conferencias hice alusión a otros levantamientos en varias misiones del norte de la península, rebeliones que fueron sofocadas a tiempo, sin pérdidas humanas

aunque sí, los principales promotores fueron sentenciados, algunos a la pena de muerte y otros desterrados.

Puse como ejemplo, el intento del asesinato del padre Wagner, radicado en la misión de San José de Comondú, cuando un indio neófito le lanzó una flecha la cual, afortunadamente, no dio en el blanco. Y también lo acaecido al padre Félix Caballero, de la misión de Guadalupe del Norte, que tuvo que valerse de una estratagema porque lo querían matar.

Y aquí la coincidencia histórica. Para salvarse, le pidió a la cocinera que lo escondiera bajo su falda y se sentara en una de las bancas del presbiterio. Y que cuando llegaran los indios negara que lo había visto. No lo descubrieron y así salvó la vida. Pero con el susto que se llevó pidió su traslado inmediato a otro lugar y entonces lo mandaron a la misión de San Ignacio. De todas maneras le fue mal, porque al poco tiempo murió, según decires por envenenamiento.

El estimado amigo Luis Rosas me mandó por internet el libro *Episodios nacionales* de Victoriano Salado Álvarez, y en el episodio que tituló "El golpe de estado y los mártires de Tacubaya", incluye la anécdota siguiente:

Fue en el año de 1858 durante la Guerra de Reforma, cuando un general de apellido García Casanova era perseguido por las fuerzas liberales por lo que tuvo que refugiarse en la casa de un amigo. De pronto, una gavilla al mando del coronel Antonio Rojas irrumpió en la residencia buscando al general. Apenas le dio tiempo para esconderlo debajo de un sofá en que se sentaban varias muchachas, ataviadas con unas crinolinas de "esas que parecen bóvedas de catedral".

Los bandidos quisieron registrar el mueble, pero entonces una de ellas alzó su falda y debajo se escondió el militar perseguido. Así salvó la vida. Poco después logró un salvo conducto

del general Santos Degollado y pudo salir de la ciudad de Guadalajara sin contratiempos.

En esos años de la Guerra de la Reforma, hubo muchas gavillas dedicadas al saqueo y los asesinatos y una de las más crueles fue la del coronel Rojas del bando liberal. La historia de esa época está manchada por la presencia de grupos de bandidos, los que aprovechando la situación política de ese entonces, buscaban beneficios propios sin importarles las vidas ajenas.

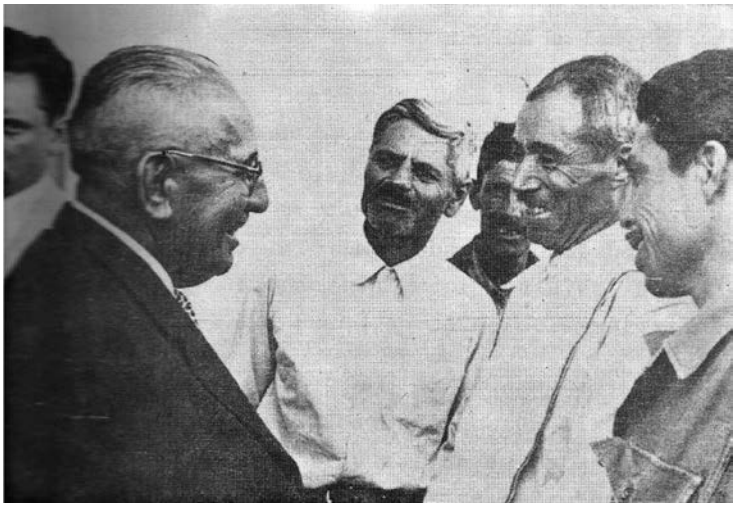
Pero la coincidencia está a la vista. Un misionero y otro militar salvaron sus vidas escondidos bajo los miriñaques de una mujer. Uno en la Baja California y el otro en el estado de Jalisco.

Un personaje con historia

La maestra Elizabeth Acosta Mendía me obsequió el libro que describe la vida y la obra del general Agustín Olachea Avilés. Ella participó en la investigación, junto con Cristina Ortiz Manzo, Marisol Ochoa García y Laura Silva Castañón. Con un texto inédito e interesante y con numerosas fotografías alusivas también inéditas, el libro es un referente obligado cuándo se trata de conocer la participación de este sudcaliforniano en la vida social, política y militar no sólo de Baja California Sur sino en el ámbito nacional.

Cuando lo estaba leyendo vino a mi memoria el día que trasladaron los restos del general a la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres de esta ciudad de La Paz. Fue el 13 de noviembre de 1986 ante la presencia de sus familiares, de las autoridades civiles y militares y grupos escolares que hicieron valla en el recibimiento.

En ese tiempo yo era miembro de la Comisión de la Rotonda por lo que me tocó vivir de cerca los preparativos para ese acto de gran solemnidad.



Agustín Olachea con campesinos del Valle de Santo Domingo

Además, tuve la oportunidad de elaborar un folleto al que puse por título "Gral. Agustín Olachea Avilés. Apuntes para una biografía". Incluí algunas fotografías y el decreto expedido por el Congreso del Estado.

El impreso fue editado con oportunidad y por eso fue posible que se distribuyera entre los presentes al acto. Como no fue una investigación formal –faltó tiempo– decidí poner las acciones más relevantes del general, sobre todo cuando llevó a cabo la tarea más significativa de su gobierno: La apertura a la agricultura de los valles de Santo Domingo y Los Planes.

Y conté la anécdota que se hizo famosa entre los campesinos que llegaron al valle de Santo Domingo. Fue en el mes de abril de 1951, cuando el presidente Miguel Alemán, junto con el general y varios funcionarios federales visitaron esa región, y en su momento, su avión aterrizó en la pista improvisada de la colonia María Auxiliadora. Con la noticia se habían reunido campesinos de las colonias cercanas y, desde luego, la mayoría de ese lugar.

A media escalerilla del avión, el presidente Alemán se detuvo pues los campesinos, ondeando una bandera nacional, comenzaron a cantar el himno nacional. Y en el folleto que escribí, dije: "Los más haciendo el saludo y el resto en actitud marcial y descubiertos lanzaron al espacio las notas vibrantes de nuestro canto patrio, frente al hombre que gobernaba al país y quien, con la sorpresa y la admiración reflejada en su rostro, repetía también la letra del himno que allí, en la soledad del valle, representaba el más claro ejemplo del amor y la fe que sentían por México..."

Fue un acto inusitado que presencié pues en ese año trabajaba como maestro en el poblado de Sebastián Allende, alejado unos tres kilómetros de la colonia sinarquista. Si el presidente tenía dudas sobre el surgimiento del valle como emporio agrícola, allí, escuchando los problemas de los campesinos, reafirmó su convicción de seguir respaldando la colonización de esa región bajacaliforniana. Pero también fue una prueba palpable de la confianza que le tenían al general Olachea el que, en las reuniones con ellos, siempre les repetía "Tengan confianza hijos, yo no los abandonaré". Y lo cumplió con creces.

Por eso, cuando la nueva generación de profesionistas se interesan en dar a conocer las acciones de mujeres y hombres en favor de nuestra entidad, no podemos menos que felicitarlos, sobre todo cuando se trata de sudcalifornianos como el general Olachea, un personaje distinguido de Baja California Sur.

Y a propósito, el Instituto Sudcaliforniano de Cultura acaba de editar un libro que se refiere a los sudcalifornianos ilustres de la Rotonda, entre ellos el general Agustín Olachea Avilés. Enhorabuena.

Una invitación de Semana Santa

Al inicio de la semana, mi nieta Marta y su esposo Carlos me platicaron que la familia Uribe Mendoza los habían invitado a pasar los días jueves y viernes en su finca que tienen en el cercano pueblo de San Pedro. Y que la invitación la hacían extensiva a nosotros –mi esposa y yo– para que los acompañáramos.

A Rosa María y Antonio los conozco tiempo atrás. Ella, maestra de profesión al igual que su esposo, han conformado un matrimonio feliz al lado de sus tres hijos, uno de ellos, Antonio, quien estuvo con sus padres esos días. La convivencia con ellos fue interesante, aparte de disfrutar una rica comida de calamares rancheros y el viernes pargos envueltos en papel aluminio cocidos a las brasas.

La finca –de descanso dice Antonio– la adquirieron hace veinte años y poco a poco la hicieron habitable. Con paciencia comenzaron a sembrar árboles frutales y ahora ya grandes, aparte de sus frutos, dan una protectora sombra. Naranjos, ciruelos, mangos, sin faltar el insustituible árbol conocido como

ciruelo del monte, ese que contiene un hueso llamado *chunique* y dentro de él una pepita la cual, combinadas con miel, es una delicia.

Bueno, mientras esperábamos la hora de la comida, tuve una amena plática con Uribe sobre diversos temas, entre ellos su vida como maestro en el medio rural en la región montañosa del estado de Durango, adonde lo comisionaron para atender la escuela de una comunidad de indígenas tepehuanes. A sus dieciséis años tuvo que enfrentarse a una cultura extraña, pero afortunadamente y gracias a su don de gentes y espíritu de servicio, logró ganarse la confianza de las familias del lugar.

Cuando me platicó que al retirarse de esa comunidad, después de dos años de labor docente, los niños y sus mamás lo despidieron con lágrimas, rogándole que no los abandonara, le dije que eso fue por su labor de misionero, y le recordé el símil cuando los jesuitas abandonaron la península de la Baja California en 1768 y los indios de sus misiones arrodillados les pedían que no se fueran.

Cuando regresó a Tepic –él es originario de ese estado– tuvo la oportunidad de terminar su carrera como maestro en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio y ya en los años sesenta llegó a la ciudad de La Paz donde reside actualmente.

Rosita, por su lado, ha sido una incansable promotora cultural. Durante muchos años fue la presidenta del Patronato del Teatro Juárez habiendo logrado la restauración de este importante monumento histórico. Es fundadora de la academia de danza Mejibó y tiene en su haber dos libros de crónicas: *Huellas ancestrales* y *Crónicas de mi pueblo*.

Recordando, recordando, Antonio me platicó que conoció en Nayarit a los maestros que en los años cincuenta llegaron a nuestra entidad, entre ellos a Emilio Maldonado Ramos, Mario

Olvera Moreno, Eliseo Medina, José Frausto Ávila, José Nuño García y Alejandro Mota Vargas. Yo también los conocí, pues a algunos de ellos los mandaron al Valle de Santo Domingo en los años en que me encontraba laborando en una de las escuelas de esa región.

El viernes al mediodía, cuando estábamos en sabrosa charla, Rosita nos dio la triste noticia. A través de su celular le informaban que en el estacionamiento de City Club habían privado de la vida al periodista Max Rodríguez. Pocos minutos después, el medio electrónico Colectivo Pericú amplió la información. Un viernes santo que no se olvidará fácilmente.

Y hablábamos de amigos que han muerto, como Néstor Agúndez Martínez, el prestigiado poeta sudcaliforniano. Y del próximo traslado de sus restos a la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres. Ante esos propósitos Rosita recordó los últimos deseos del amigo. "Cuando muera, quiero que mis

Martha Reyes, Rosita Mendoza, Cande Murillo
y Antonio Uribe

restos descansen para siempre en el pueblo al que tanto quise, Todos Santos".

En fin, fue una estancia agradable entre amigos de la calidad de Rosa María y Antonio. Con ganas de que se repita, pero ¿esperaremos hasta la siguiente semana santa? Creo que no, porque Uribe prometió regalarme una planta de níspero y tendré que visitarlos antes que se arrepienta.

Una buena noticia

¡Vaya, hasta que alguien le puso el cascabel al gato! La noticia me la proporcionó el buen amigo Jesús Flores Romero, regidor del Ayuntamiento de Los Cabos. En reunión de Cabildo se tomó el acuerdo de prohibir el uso de los calificativos Cabo, San José y San Lucas en lugar de Los Cabos, San José del Cabo y Cabo San Lucas.

La iniciativa presentada en su momento por el regidor Flores Romero y aprobada por el cabildo será enviada al Congreso del Estado como proyecto de decreto a fin de que sea publicado el Boletín Oficial y darle carácter legal.

El proyecto establece que para efectos de nomenclatura no se permitirán los anteriores calificativos en calles, monumentos, nombres de colonias y fraccionamientos y tratándose de giros comerciales, industriales, turísticos, sociales, culturales y deportivos, serán acreedores a una multa de 75 mil pesos por desacato a este decreto.

Palacio municipal de Los Cabos

La iniciativa se fundamentó en un decreto anterior del 31 de diciembre de 1982 emitido por el gobierno del estado, en el que se prohíbe el uso del término Baja o Baja Sur para referirse al nombre de nuestra entidad que es Baja California Sur. Por cierto, un decreto que no ha tenido aplicación por lo que proliferan esos términos en toda la península, pero especialmente en los polos turísticos.

Lo indignante es, aparte de la ignorancia, que esos falsos términos se difundan a nivel nacional e internacional, como si se tratara de olvidar el nombre de California. Eventos deportivos, documentales audiovisuales, revistas en español y en inglés y vaya, hasta en la publicidad inmobiliaria, los vocablos Baja y Baja Sur están a la orden del día.

A mediados del mes pasado, se dio la noticia de que en el pueblo de Loreto filmarán un largo metraje con el nombre de "Baja" que será producido por Badhouse Studies y claro, con actores norteamericanos. Lo inaudito es que ese documental

contará con el visto bueno del señor Genaro Ruiz Hernández, Secretario de Turismo del gobierno del estado.

Mal andan las cosas cuando los propios funcionarios avalan esta discriminación al nombre oficial de nuestra entidad. En lo particular he sido crítico ante este olvido, por no decir ignorancia, de lo que significa California para los que amamos esta tierra. Periodistas, escritores, historiadores de nuestra entidad han dado sus voces de alarma ante este desconocimiento y han exigido que se cumpla el decreto que prohíbe el mal uso del nombre de nuestro estado. Pero por razones que se desconocen las autoridades no se animan a aplicarlo, por lo que cada día se hace común llamar Baja Sur a nuestra entidad.

Por eso, por la importancia que reviste, debemos felicitar al regidor Jesús Flores y al H. Cabildo del Ayuntamiento de Los Cabos por esta iniciativa que convertida en decreto, servirá para acabar de una vez por todas con esa forma anómala de llamar Cabo, San José y San Lucas, al municipio y las ciudades de San José del Cabo y Cabo San Lucas.

Los Cabos le han puesto el cascabel al gato. Ojalá y esto sirva de ejemplo para que los municipios de La Paz, Comondú, Loreto y Mulegé hagan lo mismo, formando un solo frente capaz de frenar lo que a todas luces se antoja como un propósito maligno de hacer olvidar nuestra historia donde refulge con luz propia (me salió lo poeta) el nombre que hace 500 años nos pertenece: CALIFORNIA.

Un paletero *sui generis*

No me lo van a creer, pero es verdad. Resulta que el domingo pasado estuve en una hermosa playa que se encuentra por el rumbo del hotel Las Cruces, conocida como Los Muertitos. Es un lugar muy concurrido por las familias de nuestra ciudad, sobre todo porque la mayor parte del camino está pavimentado y además, desde la cumbre de la sierra –creo que se llama Las Cacachilas– se pueden contemplar las tranquilas aguas del Golfo de California y la isla Cerralvo, esa que en mala hora la rebautizaron con el nombre de Jacques Cousteau.

Mi presencia en esa playa se debió a que el esposo de mi nieta Tania Edith festejó su cumpleaños –no digo cuantos pero ya no se cuece al primer hervor– con una comilona de ceviche, acompañada de abundantes ambarinas. Y digo comilona dado que entre los asistentes, todos familiares, algunos son de los que le dan gusto al diente y son capaces de llevarse al buche entre cinco y seis tostadas rebosantes de ese apetitoso pescado.

Bueno, "a lo que traje Chencha", como dijo el ranchero cuando invitó a su novia a dar un paseo por el campo. Estábamos disfrutando de un ambiente festivo mientras los niños se bañaban y retozaban alegremente, cuando, de pronto, alguien de ellos gritó: "¡Ahí viene el paletero! A la vez que corrieron para pedirle a sus padres el dinero con que comprar esa golosina.

Al grito dirigí la vista a la playa, pero no divisé al paletero mencionado. Esperaba verlo esforzándose por empujar su carrito de paletas a través de las arenas de la playa, tal como lo hacen en la zona de El Tecolote. Pero no, por más que lo intentaba no lo veía. Bueno, aparte de eso es que mi vista cansada no alcanza para mirar a lo lejos.

Pero los niños si se daban cuenta de que el vendedor de paletas se iba acercando hasta que, intrigado, pregunté: "¿Con un carajo, dónde está ese vendedor?" Y entonces uno de los niños me contestó, al mismo tiempo que señalaba con su mano: "Ahí está, metido en el mar". Y sí, ahí estaba el señor, empujando

su carrito como si fuera una canoa pequeña, mientras las pequeñas olas remojaban buena parte de sus piernas.

Cuando oyó los gritos de los niños que deseaban comprarle, con cierta dificultad acercó el carrito a la playa y empujándolo con fuerza lo dejó fuera del agua. A su alrededor sus compradores le pedían bolis, paletas de varios sabores y hasta una clase de emparedados –no sé cómo se llaman– que tienen mermelada entre sus dos capas de pan.

Por cierto uno de los adultos que se acercó le salió cola, pues tuvo que pagar la cuenta de las golosinas que pidieron todos los niños. Pero valió la pena pues todos lo abrazaron y juntos regresaron al paraje. Pero, ¿Qué pasó después?

Esa playa tiene arena muy floja por lo que fácilmente se hunden los pies en ella, ya no digamos un vehículo sin doble tracción. Y para el caso del carrito de paletas que tiene dos llantas pequeñas y delgadas, más el peso de la mercancía, resulta imposible que se pueda mover en esos tramos arenosos.

Por eso, el paletero, al darse cuenta que su carrito podía flotar sin que entrara agua en él, tomó la determinación de meterlo en el mar a fin de facilitar su transportación. Así, convertida en una frágil embarcación y sus dos piernas en lugar de remos, el vendedor continuó su ruta a todo lo largo de la playa ofreciendo su producto.

A unos cincuenta metros de la orilla un joven matrimonio de extranjeros disfrutaba montados en kayacs, mientras la canoa improvisada navegaba lentamente conducida por un hombre que, con el ingenio y la necesidad, buscó la manera de conseguir un poco de dinero para su sustento diario. Mientras tanto, el festejo del que cumplió años estaba en todo su apogeo.

La Casa de Día de Santa Fe

Al sur de nuestra ciudad se localiza el fraccionamiento Santa Fe y en él, entre las calles San Miguel y Santa Elvira funciona desde hace algunos años una Casa del Día, un albergue para adultos mayores que es atendido por personal del DIF municipal.

–Lo invito para que dé una plática a los asistentes a una Casa del Día– me dijo Paloma, empleada de la Coordinación de Fomento Editorial del Instituto Sudcaliforniano de Cultura. Consciente de mi ignorancia, me explicó que esas casas forman parte de un programa nacional establecido por el DIF para atender a mujeres y hombres de avanzada edad.

Ahí se les proporcionan alimentos y los mantienen ocupados con actividades diversas apropiadas a su edad. Al caer la noche regresan a sus hogares para volver al día siguiente. Tal es el funcionamiento de esa Casa del Día.

–Y también incluyen en esa actividades, pláticas impartidas por personas como usted –me siguió diciendo Paloma– que tienen conocimientos de nuestras tradiciones y costumbres y

de la historia de nuestra entidad. “Vaya, me dije, y ahora como negarme”. Así pues el día y a la hora fijada llegué al lugar llevando mis apuntes para hablarles un poco sobre el origen de la palabra California.

Como estaban desayunando esperé un rato en la sala atendido por la señora María de los Ángeles Betroni, una voluntaria que en su tiempo libre atiende a los ancianos. Fue ella la que me presentó a las señoras y señores los que, sentados en círculo, escucharon con atención la plática que les impartí.

Pero no fue sobre California, no lo creí oportuno. Preferí hablarles sobre las oportunidades que la vida nos ha brindado y de los impedimentos que hemos tenido a través de los años. Pero que a pesar de ello el valor, la tenacidad y los deseos de seguir adelante nos han permitido llegar a la edad que tenemos. Y me puse como ejemplo.

Comprendí, al verlos, que son personas que tuvieron o tienen problemas familiares, pero que por alguna razón tienen deseos de seguir viviendo y es por eso su convivencia con los demás en esa casa de beneficencia social.

Y traté que estuvieran alegres. Les conté la anécdota de un político ya entrado en años –sesenta o más– que aspiraba a un puesto de elección popular. Tratando de allegarse votos visitó el albergue de ancianos San Vicente de Paúl y ante las personas reunidas les habló de sus intenciones: las mejoras de la ciudad, los servicios públicos, la seguridad y todas esas cosas de que se valen para ganar simpatías. Los asistentes lo miraban con admiración y respeto. Pero cuando iba despedirse todos al unísono le gritaron ¡que se quede! ¡Qué se quede! Desde luego el político no supo si enojarse o tomar en serio la invitación.

–No vaya a pasar lo mismo conmigo, en esta ocasión– les advertí, y todos soltaron la risa. Y es que a mi edad eso de andar

de un lado a otro, escribiendo crónicas y libros, ya no da para tanto. Pero cuando me dicen "viejo" les contesto: "Viejos los cerros y todavía reverdecen". ¿O no?

Total que pasé una mañana agradable con los adultos mayores. Una de ellas, no recuerdo su nombre, me dijo que fue amiga de la escritora y luchadora social Emma Godoy. Gracias a su dedicación hacia las personas de la tercera edad fue posible que el gobierno fundara el Instituto Nacional de la Senectud (INSEN) el que después se transformó en el Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores. Quien iba a decir que al paso de los años, ese proteccionismo de su amiga le iba servir a ella en la Casa de Día.

¿Volveré a visitarlos? ¡Claro que sí! Tal vez ahora les platique sobre la historia fascinante de California.

Visión de Sudcalifornia

Se terminó de imprimir en julio de 2018 por Formas e Imágenes, S.A. de C.V., Av. Universidad 1953 Col. Copilco el Bajo, Deleg. Coyoacán, 04340, Ciudad de México sobre papel Cultural de 90g y forros en cartulina Couché de 300g con las familias tipográficas Adobe Caslon Pro. Tipografía y formación: Formas e Imágenes, S.A. de C.V. formaseimagenes@gmail.com.
Tiraje: 500 ejemplares